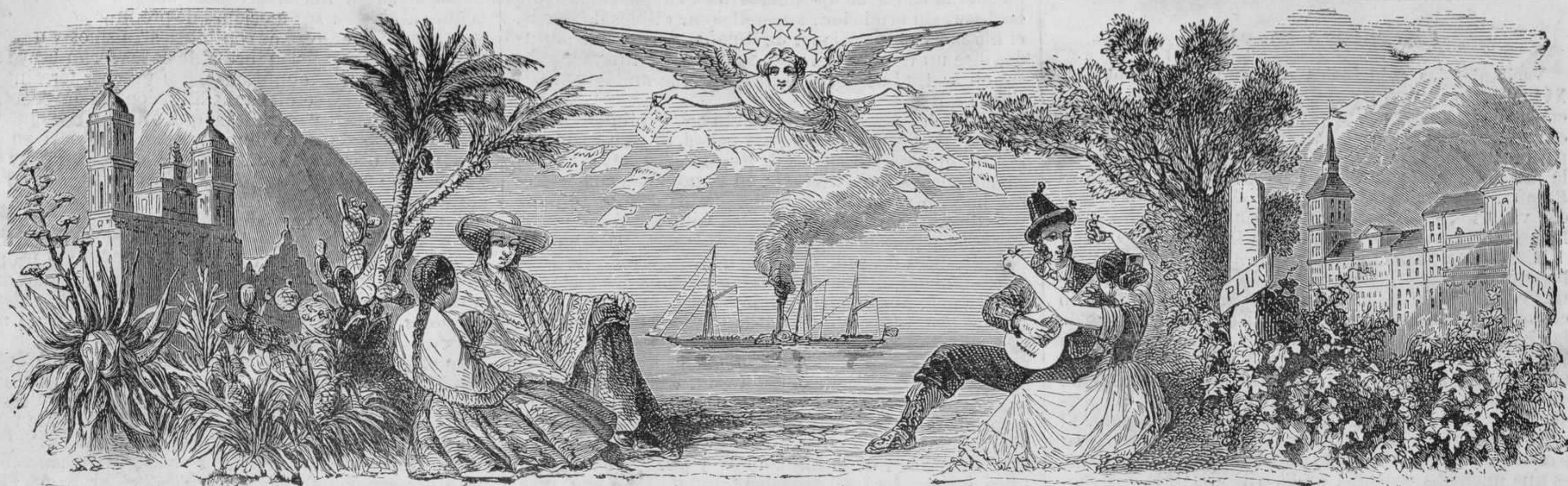


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 16. — N° 253.

Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

SUMARIO.

El campo de los metodistas de Nueva York; grabado. — **Literatura morisca**. — **Exposicion general de agricultura en Madrid**. — **Inauguracion de la estatua de M. Geoffroy Saint-Hilaire en Etampes**; grabados. — **Viaje por los mares del Norte**; grabados. — **Revista de Paris**. — **Manneken-Pis**. — **La India ilustrada**; grabados. — **Eulalia**. — **El Jardín de Invierno**; grabado. — **Recuerdos de la condesa Dora de Istria**; grabados. — **Aquisgran**. — **Revista de la moda**. — **Teatro imperial de la Opera**; grabado. — **El puente de Tournon**; grabado.

El campo de los metodistas de Nueva York cerca de Turner.

Triste es el espectáculo que en materia de religion presentan los Estados Unidos. Una multitud de sectas se disputan encarnizadamente la direccion de los espíritus; los verdaderos amigos de la Union comprenden que la

division de los intereses religiosos es un obstáculo para el afianzamiento de la unidad nacional, y sus esfuerzos tienden á la supresion de todas esas pequeñas comuniones heterodoxas. Lo que parece un efecto de la intolerancia no es mas que una ley de salvacion pública.

He aquí un campo metodista en las inmediaciones de Turner. Estas reuniones anuales son como una especie de jubileo donde los sectarios disfrutan los placeres de la vida mística al aire libre. Los miembros de la comunión metodista no están acordes entre sí acerca del mérito de estas asambleas. Los defensores de la institucion las consideran como un medio de gracia, y sus adversarios las miran como una innovacion de un carácter demasiado mundano y por consiguiente peligroso.

Sin embargo, la Biblia que los metodistas toman al pié de la letra, dice que esas asambleas son de institucion divina. Los israelitas por orden de Dios practicaban esas reuniones campestres y se retiraban durante siete dias á unas chozas formadas con ramajes. Esto pasaba en los tiempos remotos, ahora los judíos tienen otras costumbres.

Los metodistas no pensaron en la aplicacion de este uso antiguo hasta el año de 1799, época en que fué pue-

to en vigor por un conventículo de presbiterianos, de bautistas y de metodistas de los Estados Unidos.

Hé ahí el origen de esos campos que son al mismo tiempo un terreno para los ejercicios religiosos, y como una escuela de entusiasmo donde el celo de los sectarios se enardece con los sermones de los predicadores mas famosos.

Debemos decir sin embargo que no acuden á esas asambleas los metodistas de una clase un poco elevada ó que han recibido cierta educacion; fácil será comprender cuál es el fondo de que se compone el ejército activo en esos campos del metodismo.

El lugar que ocupa el campamento es un sitio pintoresco á corta distancia de la estacion de Turner á 75 kilómetros de Nueva York junto al ferro-carril de esa ciudad á Erie. Unas cien tiendas se hallan agrupadas confusamente en torno de un vasto espacio cuadrado que se reserva para la reunion general. Nuestro dibujo es preferible á la mejor descripcion escrita para trazar la fisonomia de esas asambleas que son al mismo tiempo los estados generales del metodismo.

En esta reunion predicaron oradores célebres, y tambien tomó la palabra una dama de la asamblea poseída



Campo de los metodistas de Nueva York, cerca de Turner.

del espíritu de Dios; pero debo decir que apenas fué escuchada. — Al cabo de siete días pasados en ejercicios de piedad y en la práctica de buenas obras, la congregación recogió sus tiendas, y se separó proclamando de nuevo la buena influencia de la vida campestre sobre una buena disciplina metodista.

E. R.

Literatura morisca.

Vacilantes las principales naciones durante el siglo XVI en los primeros pasos de las ciencias, faltas sus escuelas de hombres eminentes y aun de gusto literario, envueltos los pueblos en desastrosas guerras de religión para sostener la libertad del pensamiento; refugiábase la lira del bardo y la pluma del filósofo en el seno de España, mientras las banderas de Carlos V eran paseadas victoriosas sobre el sepulcro que el vértigo de las luchas abría en todos los países de Europa.

Mientras pugnaba la inteligencia para adquirir la soberanía en Francia, en Alemania y en Inglaterra; mientras el cultivo de las ciencias se hallaba muy atrasado en las naciones que pretenden ocupar ahora el trono de la civilización, las ciencias y las letras progresaban en España, libres sus hijos de la guerra de reconquista, y no solo eran buscadas sus producciones literarias, sino que los españoles de mas ingenio brillaban en las academias y las escuelas de todos los países del mundo. El engrandecimiento y la gloria de un Estado caminan al par del desarrollo y prosperidad de su literatura, y así es que mientras sujetaba la España idólatras y mahometanos, emperadores y pueblos, alumbrando con la luz de la civilización las mas apartadas regiones del orbe, el ingenio español producía sazonados frutos que ocupan hoy mismo distinguido lugar en el sagrado templo de la cultura europea.

En el estudio de la lengua griega y latina, etiópica, caldea, siríaca y malabar, chinesca y japónica, bramánica, hebraica y arábica, sobresalieron en España los Oviedos y Caldeiras, los Fernandez y Collados, Villelas, Morales, Silvas y Sotelos, Riveros, Pereiras, y otros muchos que llegaron á superar en el conocimiento de idiomas á los sabios modernos. En la historia se hacían célebres eternamente los Marianas y Zuritas, los Morales, Mármoles y Mendozas, y en las humanidades descollaban un Nebrija, un Sanchez, un Vives. No menos gloriosos nombres podríamos presentar en matemáticas, en medicina, en química y en cirugía, en filosofía, en navegación y en jurisprudencia, llegando también á culminante estado de elevación, hermosura y armonía la musa castellana, con las inspiradas plumas de Leon y de Argensola, de Herrera y de Garcilaso.

Alcanzaban, en fin, durante el siglo XVI imperecedera fama las ciencias y las letras españolas, y en verdad que el pueblo morisco que habitaba entonces la hermosa Iberia, arrastrando penosa existencia bajo el cetro de sus reyes, no podía influir de modo alguno en el mayor brillo de aquellos ramos del saber humano, por mas que sus ascendientes, los árabes, hubiesen sido poseedores de no poca cultura científica y literaria.

Un pueblo abatido, perseguido y subyugado, un pueblo apartado constantemente de la comunión política de los cristianos viejos ó de raza, señalados y escarnecidos como eran los moriscos por entes degradados é inciviles, ¿podía tomar parte alguna en el desarrollo de la inteligencia española? El vencedor soberbio que con pesada planta oprimía al desgraciado pueblo sarraceno, ¿hubiera podido permitir que abriera sus alas el genio morisco remontándose al par de los ingenios españoles hasta el templo del saber humano? Quisieron solo los vencedores que la raza subyugada cultivase la tierra, manteniendo los puertos del Mediterráneo atestados de frutos y cereales, pero los lauros de las conquistas, de las ciencias y de las letras quedaba reservado para los descendientes de los que derrocaron el islamismo en España. Hé aquí porqué, cuando los célebres decretos de Felipe IV expulsaron de la península mas de novecientos mil moriscos, no se resintieron en lo mas mínimo las letras ni las ciencias españolas.

Sin embargo, la raza morisca, pueblo converso que arrastraba las cadenas de la opresión y de la tiranía, si no poseía aquella cultura que brillando en el imperio árabe de Córdoba como la luz del genio oriental, alumbraba la barbarie del Occidente; poseía en cambio una literatura nacida en medio de crueles persecuciones políticas, cultivada al resplandor de hogueras inquisitoriales y mantenida á toda costa entre el fragor de las peleas de Espadan y de las Alpujarras. Los moros *mudejares* como los *moriscos*, tuvieron una literatura que les fué peculiar, cultivada por aquellos á la sombra de los tratados, no olvidada jamás por estos á pesar de los planes de exterminio, de las juntas de teólogos y de las espingardas de los tercios castellanos. Heredaron los moriscos los conocimientos de los árabes, pero para examinar su estado en época de decadencia cual fue la en que se verificó la expulsión de los hijos del desierto, preciso nos será apreciar el estado de las ciencias y letras sarracenas en anteriores tiempos.

La comun opinion, poco conocedora del mérito y abundancia de las producciones intelectuales del genio oriental, considera inculco é ignorante al pueblo sarraceno, sin duda por pertenecer sus glorias á las glorias españolas, eternamente empañadas por la envidia extranjera, ó por haberlas estudiado con el rápido exámen de las enciclopedias. Pero ábranse los anales musulmicoliterarios, léase desapasionadamente lo que de la sabiduría árabe escribieron Pocock, Golio, Erpenio, Gagner,

Bochart, Wasmuth Whit, Reiske, Herbelot, Casiri, Caffés y otros muchos, y se verá como en ciencias y letras dieron los sarracenos producciones mas ó menos excelentes. No obstante, las traducciones incompletas ó confusas que se han hecho de los escritores de medicina y de filosofía árabes, han influido en el mal concepto que por lo general obtuvieron de los críticos modernos, y tal ha sido la causa de apellidar á los mahometanos gente bárbara, sin erudición, supersticiosa. « Si los dos Rasis, el filósofo y el historiador de España, volviesen al mundo, dice un escritor del reinado de Carlos III, y leyesen sus obras traducidas, es constante que no las conocerían. »

En efecto, aunque en los archivos y bibliotecas de España, de Francia y de otros países se conservan insignificantes producciones de los árabes y de los moriscos sin gusto alguno literario, ni remontarse cual supieron hacerlo varios de los doctores muzlitas de Córdoba y de Granada; existen en cambio volúmenes completos de ciencias filosóficas, médicas y morales, mas que suficientes para destruir el aserto de Luis Vives y de Teofrasto Renaudot, que apellidaron necios á los sectarios de Mahoma. Si el código religioso del falso profeta coartaba el pensamiento de los literatos y filósofos sarracenos, no faltaban hombres de talento que contradecían sus doctrinas, abriendo campo ancho á la filosofía y apartándose de los delirios del Koran. « En tanto que los griegos se deleitaban en los juegos olímpicos, en que respetaban al vencedor como á un hombre divino, y los romanos en sus circenses y otros espectáculos, que eran el oprobio de la humanidad y pudor; los árabes (dice un escritor) se ocupaban anualmente con mas decoro y utilidad en certámenes de retórica y poesía. Celebrábase estos en la gran plaza del *Okáz* por espacio de un mes, y coronaban al fin de retor ó poeta al que, en dictámen de los inteligentes, habia recitado al concurso las mejores piezas de las dos facultades. Y ¿cómo será creíble que estas composiciones premiadas, y las demás émulas, se escribiesen sin profundo conocimiento de las reglas y preceptos de las dos artes? »

¿Cómo era posible que un idioma tan rico y variado en voces, que tiene ochenta nombres diversos para designar la miel, doscientos para nombrar la serpiente, quinientos para señalar al leon y mas de mil para apellidar la espada, y cuya elegancia, suavidad y dulzura no admite comparación; dejase de ofrecer producciones literarias ya fáciles y ligeras, ya graves y profundas? Las sales y chistes de las lenguas griega y latina, se atreve Wasmuth á decir que son muy inspidas si se cotejan con las innumerables y excelentes de los árabes. La propiedad de las sentencias, dice Schultens, la elegancia de las frases y la agudeza de los proverbios con que adornan las piezas poéticas y oratorias, deleitan é instruyen hasta lo sumo.

Mas como dice un orientalista español, « todas estas ventajas se desvanecen en las traducciones; porque no teniendo los árabes puntuación ó signos ortográficos para distinguir los periodos de la oración; como su sintaxis es tan distinta de las lenguas que conocemos, y como son infinitas las voces, frases y proverbios que no pueden traducirse sino por un largo rodeo; es tan dificultoso aun el formar una dilatada paráfrasis, que solo pueden conocer semejante dificultad los que la tocan. De estos principios nace la insipidez que notamos en las traducciones árabes, la falta de legalidad en ellas, el juicio de que sus escritos son un conjunto de voces inconexas, y la errada ó equívoca significación que puede dárseles, si no se procede con el mayor tiento. »

Hé aquí pues la causa del desprecio en que han sido tenidas las producciones del genio oriental, y sin embargo cultivaron los sarracenos con notable adelanto, no solo la historia, la amena literatura y la poesía, con elegantes imágenes, metáforas vivas y bizarras hipérboles, sino tambien la filosofía, la medicina, la jurisprudencia, la astrología y otras importantísimas ciencias, de cuyos escritores españoles solo el erudito Casiri nos presenta catálogos inmensos.

Habian los moriscos bebido en las fuentes científicas y literarias que dejaba á la posteridad la ilustración del imperio de los Abderramanes; pero en su miserable condición de vencidos, sin religion propia y hasta casi sin idioma, olvidaron la sabiduría de sus padres, y mantuvieron solo ligeros pero elegantes destellos de tales conocimientos humanos. Sin escuelas de idioma arábigo, *descaecidos de sus riquezas*, como escribia un alfaquí mudejar de Castilla, *con grande subjeccion y apremio grande y muchos tributos, fatigas y trabajos*, llegaron en el aislamiento en que quedaron entre los conquistadores á perder su idioma insensiblemente, si como dice Estebanez Calderon, no conservaran por otra parte su odio y aborrecimiento á los enemigos de sus creencias, queriendo estar separados de ellos lo mas posible. « Por lo mismo ya que no podian recatarse de sus contrarios en el idioma hablado, creian hacer una obra meritoria conservando sus tradiciones, sus creencias, sus jadicés, historias y secretos de familia, escritos por manera tal, que fuesen ininteligibles para sus contrarios, empleando por tal causa los antiguos caracteres de sus padres. »

Así nacia la literatura morisca, ó mejor dicho *aljamiada*, y siendo sus producciones manuscritos salpicados á cada paso con fórmulas moslémicas y citas y sentencias alcoránicas, aunque escritos en castellano con caracteres arábigos, no es de extrañar que despues de la expulsión de los moriscos y aun en el siglo pasado se consideraran como libros supersticiosos, escritos en árabe corrompido ó en lenguaje bárbaro. « La dificultad de descifrar y entender estos documentos por su extrañeza, dice el orientalista Calderon, fué tal que el mismo Ca-

siri y otros maronitas que en el siglo pasado trajo el gobierno para implantar de nuevo en España los estudios orientales, los bautizaban como turquescos ó persianos, encontrándose con tales notas y clasificación del propio puño de aquellos eruditos, muchos papeles de esta clase en la Biblioteca nacional. Y no es de maravillar la dificultad de esta cifra, que así podemos llamarla, pues el haber de suplir nuestras vocales desconocidas en la escritura árabe por sus mociones de pronunciación oscura y equívoca, el empleo de continuos arcaísmos y de giros extraños, y la repetición incesante de las fórmulas y sentencias alcoránicas enunciadas, con muchos términos y palabras tomados con leve modificación del árabe, ofrecen tal confusión y extrañeza, que solo con nociones no muy someras de este idioma, con gran pericia en los secretos y curiosidades del castellano y con mucha familiaridad en las costumbres y escritos anteriores al siglo XVII, se pueden explicar satisfactoriamente. »

Sin antecesores profundos en estos estudios y sin que sea posible señalar fijamente en dónde brotó el primer germen de la literatura aljamiada, ora fuese en Leon ó en Castilla, ora en Aragon ó en Valencia; señaláremos cinco clases de producciones moriscas en este orden: *religiosas ó morales, históricas, legales, poéticas y novelescas*.

En el primer género debemos colocar los tratados moriscos recopilando ó interpretando todo lo que segun la Ley y Zunna de los moros debían saber, usar y tener por fe los mahometanos. Son varios los que sobre tales asuntos morales y religiosos dejaron en España los miserables expulsos. La *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la Ley y Zunna*, escrito en 1462 por Iee Gebir, alcaquí mayor y mufti de la aljama de Segovia, recientemente publicada por la real Academia de la historia, comprende todo lo que el muzlim debe creer y está obligado á hacer, y tambien un resumen de las principales leyes acerca del matrimonio, divorcio, compras y ventas, tutorías, etc. Un anónimo morisco valenciano nos dejó *Noticia de lo que el muzlim debe creer y saber*, en un libro escrito con caracteres aljamiados de que el eruditísimo señor Gayangos nos da curiosas noticias. Escribióse « con el único fin de endoctrinar á sus compañeros de destierro en las prácticas de su religion, que dicen tenían arrinconadas y hasta olvidadas, habiendo ingerido en ellas no pocos usos y costumbres tomados de los cristianos. Compúsole á ruegos é instancias de un moro rico y principal de Tunez, llamado Citi Bulgaiz, quien le encargó muy particularmente que escribiera en castellano, por cuanto los mas de los expulsos no solo tenían olvidada de todo punto su algarabía, sino que ni siquiera conocían ya las letras con que fué escrito el Alcoran. Hizolo así el morisco, componiendo un libro bastante abultado y sumamente ameno, en prosa y verso, en el que en medio de cuentos y anécdotas que pintan muy al vivo el estado social de los moriscos españoles antes y despues de su expulsión, expone con brevedad y de una manera harto clara las principales ceremonias de su ley, y las reglas que han de observarse en el matrimonio y divorcio. Las citas que frecuentemente hace de las obras de nuestros mejores poetas, aun sin nombrarlos, sus propios versos, en que se muestra gallardo y atrevido, sus vastos conocimientos en la filosofía musulmana y aristotélica, su estilo puro y castizo, aunque necesariamente mezclado de palabras arábicas, el análisis que hace de una comedia de Lope de Vega que vió representar en uno de los corrales de Madrid, manifiestan que era hombre de cultivado ingenio y vasta erudición. » Por esto el libro del anónimo valenciano no pertenece exclusivamente á la clase de los tratados aljamiados religiosos, sino á una mezcla de moral, de leyes y de poesías. Entre los religiosos podemos sí colocar un tratado compuesto por un morisco aragonés sobre el *Regimiento de la azala*; diferentes copias del *Koran* y de la *Suma de los principales mandamientos*; la *Exposición del Alcoran, consejos morales y oraciones para los siete días de la semana*; *los meses del año y sus perdones*; *Los atributos de Dios*, por Mohammad Rabadan, natural de Ruéda en Aragon; la *Exposición ó comentario dividido en varios ramos*, traducción del Tafriaá, hecha por el morisco castellano Abdallah Almoállem, y otros muchos que pudiéramos tambien citar, escritos todos, como dice un orientalista, por moriscos españoles con el único fin de mantener viva la tradición entre los suyos y enseñar á los rudos los preceptos de su ley. « Pasan de sesenta los tratados de este género que se guardan manuscritos en la biblioteca nacional; varios hay en manos de particulares, y es de creer se hayan perdido otros muchos. »

Entre las producciones históricas aljamiadas podemos citar la *Guerra del Asiad y los de Meka con Mahoma*, las *Historias varias tradicionales*, y otros diversos libros no menos curiosos, si bien en número mas escaso que los de otras materias. Son importantes, dice un orientalista moderno, los datos que de ellos se desprenden y que prueban la connivencia en que los moriscos estaban con los enemigos de nuestra patria para dañarnos y comprometer la integridad de nuestro país, cosa que explica sino disculpa del todo al todo la terrible medida que se tomó con ellos. Sin embargo la condición social de los moriscos españoles no pudo permitirles remontarse en el género histórico de que tantas producciones dejaron los árabes andaluces, y necesitando mas bien conservar su religion y costumbres que la memoria de sus antiguas glorias, dedicáronse á escribir ocultamente exposiciones ó comentarios del Koran y libros amenos que templaran el dolor de su infortunio.

Los tratados legales escritos por moriscos son mas numerosos. Podríamos colocar entre los manuscritos aljamiados de este género aquellas compilaciones que tan

comunes debieron ser entre los mudejares de Castilla y de Aragón, autorizadas en algún tiempo cuando los árabes vencidos conservaban su religión, sus leyes, sus usos y costumbres. Las *Leyes de moros* publicadas por la real Academia de la historia y otras compilaciones de igual índole podrían darnos á conocer la vida interior de aquella clase de vasallos, si no fuese otro nuestro objeto que ocuparnos meramente de los moriscos. El *Regimiento del azaque y norma para los cogedores de él*, libro escrito por un morisco aragonés, forma parte de los tratados legales que nos dejaron los expulsos. Otro morisco aragonés llamado Ali ben Mohammad ben Hadher, tradujo y comentó extensamente con el nombre de *El hundidor de cismas y herejías*, una obra arábiga titulada *Ted hehib*, escrita por Abu Musa Said ben Jalaf ben Alcásim Alberadi, célebre juriconsulto musulmán. Otro morisco también aragonés tradujo pocos años antes de la expulsión el libro de Abu Leyth Nasr ben Mohammad ben Ibrahim, intitulado *El libro de Samarcandi*. De Abulhasan Abdallah Elbokri nos ha quedado en aljamiado un libro con el título de *Alamiar ó las luces*, siendo no pocos los tratados moriscos que se conocen sobre las leyes civiles de los mahometanos y aun sobre los ritos religiosos de sus creencias, hallándose muy á menudo reunidos en un solo volumen manuscritos concernientes á ambos géneros de literatura.

Entre las producciones aljamiadas ya poéticas ya novelescas debidas unas veces á los mudejares y otras á los moriscos, debemos colocar en primer lugar el poema de Joseph, composicion importante no solo por su dimension que cuenta cerca de 400 cuartetos de versos alejandrinos, sino también por su índole especial que le convierte en monumento notable de la literatura aljamiada anterior al siglo XV. Es una amplificación ó paráfrasis de la historia de José y de Putifar siguiendo en lugar de la tradición bíblica, el poema persa intitulado de Jussuf y Zuleika. La medida y aun la cadencia faltan alguna vez en dicho poema, convirtiéndose cuando esto sucede en una prosa rimada, pero el argumento es interesante, los episodios bellísimos y naturales, el lenguaje poético y sencillo, salpicado de no pocos modismos castellanos, convidando á la lectura con las costumbres patriarcales que en él se retratan. Cuando el poeta mudejar expresa la manera como el inocente Joseph sale de la cárcel para explicar los sueños de Faraon, lo hace en estos términos:

Y en el portal de la presion fizo facer un escripto
«La presion es fuera de los hombres vivos
»E sitio de maldicion é banco de los abismos
»E Allah nos cure de ella á todos los amigos.»
Embióle el Rei mui rica cabalgadura
E gran caballería, é abianlo á cura
Lebabanlo en medio como Señor de natura
E fueronse al palacio del buen Rei de mesura.
Y el Rei como lo bido luego se fué á levantar
Y el Rei se fué á él lo que no solia usar
Y asentólo cabo á él lo que no solia far
Y en la ora le dijo el Rei mi fillot te quiero far.

Las *Alkafaras* ó expiaciones, libro conocido por el *Mancebo de Arévalo*, es, como dice el señor Calderon, uno de los libros mas curiosos que en este ramo pueden consultarse, porque sin tomar en cuenta la abundancia y gala con que está escrito en sabroso castellano, con mil priores de locucion árabe, sin rayar en lo enrevesado y extraño que se nota en otros escritos del mismo género, se encuentran en él muchos datos curiosos sobre las costumbres de ambos pueblos en aquella época, y en algunos pasajes tal sentimiento y entonacion de melancolía que hacen impresion profunda en el leyente. El asunto de este libro aljamiado es una peregrinacion que se supone hecha por un mancebo que se propone pasar á la Meka, y habiéndose escrito poco despues de la toma de Granada pinta muy al vivo el estado de los vencidos, no sin mezclar costumbres de los vencedores.

En los *Espantos del dia del juicio*, poema castellano dividido en tres cantos, escrito por un morisco aragonés ya citado, Mohammad Rabadan, hallamos no poca facilidad en la rima y naturalidad y soltura en las imágenes. Despues de describir los horrores de aquel dia con negros colores y violentas metáforas, pinta el estado de los hombres de la manera siguiente:

Vozes darán espantossas,
Irán corriendo y parando;
Temiéndose de sí mismos,
Su sombra les dará espanto,
A flotar por los desiertos,
Por las cuevas y pantanos,
Llamando á los mesmos ecos
A la tierra vozeando:
Abre tierra tus cavernas,
Traga á estos desventurados
Que tu debes acogernos
Pues de tu fuemos criados.
Abre, madre, tus entrañas
Que no hallamos otro amparo,
No nos niegues tu acogida
Que con tanta sed buscamos.

El poema sobre las *Lunas del año*, del mismo escritor morisco, la *Historia de Alejandro el Magno* ó de Zu-Kar-nein, la *Historia de Paris y Viana*; los *Collares de oro*, el *Raccontamiento de los escándalos que han de acaescer en la isla de España*, y otros *Raccontamientos*, como el del *viejo de Damasco* y el del *hijo de Omar con la Judia*, el *Sueño*

del *calhe de Tunes*, y otras producciones moriscas, bien sean meramente poesias, bien novelas ya originales ya traducidas ó imitadas, ó en fin visiones, cuentos ó leyendas; dan de todos modos digna idea de la literatura de un pueblo á quien poco á poco se querian arrancar sus costumbres y tradiciones, sus trajes, su lenguaje y sus creencias. Fuera prolijo el enumerar, dice un escritor, las riquezas de este género que se contienen todavía en nuestras bibliotecas y archivos, y que van pareciendo nuevamente por todas partes; baste decir que los aficionados á casos de imaginacion no hallarán en parte alguna cosa de mas rica invencion que la *Historia de Temin Aldar*, la de la linda *Cardayona*, de la ciudad de Alaton, y otras del mismo género.

Concluyamos pues este rápido exámen de la literatura morisca diciendo que los moriscos tuvieron conocimientos literarios en los cuales pudo campear mas ó menos el buen gusto, aunque nunca suficientes para ponerse en parangon con el estado de las ciencias y letras españolas de aquellos tiempos, y que en este último sentido ni las letras ni las ciencias de la península ibérica pudieron resentirse de la expulsion de los moriscos.

FLORENCIO JANER.

Exposicion general de agricultura en Madrid.

Difícil es la tarea que nos hemos impuesto al querer dar á nuestros lectores, no una detallada descripción, sino una idea general de la primera exposicion agrícola celebrada en nuestro país.

La índole especial de nuestro periódico, la falta de espacio de que podemos disponer, la premura del tiempo y mas que todo, la carencia completa de datos oficiales, que pudieran ilustrarnos ó servirnos de guia en tan delicado trabajo, serian obstáculos insuperables para nosotros, si fuese menos importante el asunto que hoy nos ocupa. Pero el acontecimiento que ha tenido lugar en la montaña del Príncipe Pio, no es una fiesta popular que pasa sin dejar rastro de su existencia; no es un concurso en el que solo pueden ofrecerse ciertos y determinados objetos; es la reunion de todos los productos de nuestra industria agrícola, es la exposicion general del primer ramo de nuestra riqueza, y por consiguiente es la revelacion manifiesta de nuestro estado económico, de nuestras necesidades, de nuestro porvenir. Fuerza es por lo mismo consagrarle un lugar preferente en nuestro periódico, siquier sea para consignar una vez mas que el desarrollo de nuestros intereses materiales es el único camino que puede llevarnos á ocupar un rango elevado entre las naciones civilizadas.

Ante todo debemos consignar, que el sitio ocupado por la exposicion, es el mas á propósito, el único que pudiera elegirse en los alrededores de Madrid. Desconsolador contraste hubieran formado las riquezas aglomeradas en aquellas extensas galerías, con las áridas y deshabitadas llanuras que por todos lados, á excepción de aquel circundán á Madrid; mas la montaña del Príncipe Pio, convertida de algunos años á esta parte en un frondoso y elegante paseo, dominando á un tiempo los edificios mas majestuosos y dignos de la corte, las pintorescas márgenes del Manzanares, los fecundos bosques de la casa de Campo, y los risueños jardines del Campo del Moro, forma una deliciosa armonía con la espléndida colección de productos, en la que se revela la fertilidad y riqueza de nuestro suelo.

Divídese la exposicion en dos grandes clases. Máquinas y productos agrícolas. Ganados y aves.

La primera, se halla distribuida en dos ligeras galerías que se extienden á lo largo de un espacioso paseo, adornado con acacias, y que cuentan unos doscientos metros de largo cada una, y sobre diez de ancho poco mas ó menos.

Poco podemos decir de la galería de la izquierda, destinada en su mayor parte á los instrumentos de labranza y máquinas agrícolas. Algunos arados inventados la mayor parte en el extranjero, varios aparatos para labores ligeras, una segadora, una trilladora y otros aparatos de cortijo; corta-raíces, corta-paja y majadores; hé aquí en conjunto lo que allí se encierra.

Si en medio de este cuadro desconsolador no figurase una numerosa y excelente colección de instrumentos de hierro, propiedad de la escuela especial de ingenieros de montes; si al final de esta galería no se hallase colocada la magnífica colección de maderas, perteneciente al patrimonio, á la escuela de montes, al canal imperial, á las provincias de Gerona y Jaen, y á algunos particulares, en la que se revela una de nuestras primeras riquezas; en la que con asombro se ven figurar, desde el algodonerero al castaño, desde la palmera al roble, todo lo mas variado y rico que produce la naturaleza, friste seria el concepto que formarían de nuestra agricultura los que hubiesen empezado á estudiarla por aquel sitio.

Mas si la ciencia y el arte, que tan prodigiosos efectos están realizando en Europa, no han ejercido aun su benéfica influencia en nuestra producción agrícola, la naturaleza en cambio se muestra espléndida y generosa, suministrándonos las mas ricas producciones de todos los climas.

Tarea superior á nuestras fuerzas, seria enumerar cuanto encierra de notable, de raro y de prodigioso la galería de la derecha, en la que figuran los productos de nuestra agricultura. La mala distribución de los objetos nos impide también apreciarlos con exactitud. Colocados

por orden de provincias y no por orden de familias, no es posible señalar cuál de nuestros pueblos merece la preferencia en esta ó aquella producción; ni basta la simple vista, ni alcanza el ligero exámen que como simples espectadores hemos tenido que hacer, para dar un fallo definitivo en tan difícil y delicada cuestion. Al jurado toca resolverla. Por nuestra parte apuntaremos tan solo que han llamado particularmente nuestra atencion los trigos candeal y blancos de Castilla la Vieja; los rojos y duros como el marroquí, guija, egipto y de provision de Aragón y Cataluña; mereciendo también ser mencionados los de las Islas Baleares.

Tarragona, Huesca, Zaragoza, Asturias y Navarra, se llevan la palma por el cultivo de la judía en grande escala.

Barcelona, Aragón, Valencia y Asturias, por haber presentado hasta doce ó catorce colecciones de patatas de especies variadas.

En el ramo de frutas ninguna provincia pudiera sostener ventajosamente la competencia con las del reino de Valencia, Aragón y Murcia.

Sobresalen en los vinos comunes Tarragona, Navarra, Aragón, Valencia y la Rioja; y en los vinos de postres ó espirituosos Andalucía y Cataluña.

Los aceites de Valencia, Aragón, Andalucía y Murcia ocupan un lugar preferente entre los de su especie.

Son además especialidades en la suya, el algodón de Gerona.

El arroz de Valencia.
El azúcar de Granada.
Las pasas de Málaga.
El cáñamo de León.
Las pitas de Murcia.

En el importante ramo de sedas, hemos visto con satisfaccion figurar los productos de Barbastro, Huesca, Sevilla y Valencia, siendo las de esta última provincia las que indudablemente merecerán la preferencia, aunque á nuestro modo de ver no deben ser desatendidos los esfuerzos que las otras dos están haciendo para fomentar el desarrollo de esta rica producción.

También las diferentes especies de lana figuran en primera línea entre nuestros principales productos; existiendo magníficas colecciones de las provincias de Logroño, Toledo, Soria, León, Zaragoza y Burgos, y siendo dignos de admirarse los ejemplares presentados por el señor marqués de Perales.

Ligeramente hemos examinado las dos galerías que contienen las máquinas y productos de nuestra agricultura, y esta rápida ojeada justifica desde luego la apreciacion que de ellos hicimos en nuestro número anterior: el arte en nuestro país se encuentra á inmensa distancia de la naturaleza. ¿Qué serian aquellas magníficas producciones, si la mano del hombre las auxiliase con la ciencia?

Al examinar tantas y tan variadas especies de aceites, ¿no se echan menos en la galería de enfrente las máquinas destinadas á purificarlos? Al contemplar tan infinitas clases de vinos, ¿no reclama el deseo los instrumentos destinados á perfeccionarlos? Al considerar tan inmensa variedad de trigos, ¿no exige el patriotismo las cien invenciones modernas destinadas á convertirlos en purísima harina? Al admirar en fin tantos y tan variados productos de la tierra, ¿no quisiéramos también ver los motivos que sirven para fecundizarla, como son: modelos de canalizacion, de pozos artesianos, de norias perfeccionadas?

Pero se nos dirá: «esto pertenece á la industria.» No es esta la ocasion de disputarlo; pero en último caso, vemos en ello una prueba patente de la estrecha relacion que existe entre uno y otro elemento. La agricultura y la industria son hermanas, y necesitan estar íntimamente enlazadas.

Pero sigamos nuestra rápida ojeada, ya que nos queda aun una clase de no escasa importancia que examinar.

Los ganados venidos á la exposicion han sido: el caballar, mular, vacuno, lanar, cabrío y de cerda, mereciendo particular mencion las cuatro primeras especies; aunque á nuestro modo de ver no debia el ganado mular figurar en aquel certámen por ser raza que no se reproduce.

Digna es de ser admirada la escasa aunque escogida colección de caballos de pura sangre de raza andaluza, árabe ó inglesa, siendo mas numerosa y no menos notable la producida por el cruzamiento de estas tres especies, por caracterizar bastante bien su derivacion á pesar de no tener la mayor parte de ellos mas de un tercio ó un medio sangre. Descuellan entre todos, dos del señor duque de Veragua, y uno de don Fernando Suarez Varela, pura sangre española. Uno del señor duque de Valencia, y otro de don José María de Palacio, pura sangre árabe. Una yegua de don Fernando Gomez y Zayas, y un potro del señor duque de Osuna, pura sangre inglesa. Siendo también dignos de particular mencion entre las razas cruzadas, los de Osuna, Perales, Cortés y algunos del real patrimonio.

Pobre en demasia se ha presentado á la exposicion la inapreciable raza de caballos de tiro, mas propia y útil para la agricultura, que ninguna de las anteriores; pues solo hemos podido hallar de ella una ligera muestra, aunque digna, en los caballos del señor conde Larrosa y en otros dos ó tres de Zaragoza, productos todos del cruzamiento de la valiente yegua aragonesa con el caballo normando y breton ó percheron.

En cuanto al ganado mular ha sido escaso en número, pero bueno. Citaremos con especialidad un par de mulas toridas manchegas y las cinco que tiraban del carro de Zaragoza, pareciéndonos las mejores en forma y proporciones. Algunas habia de mayor alzada, pero á nues-

tro modo de ver no era su estructura tan perfecta ni proporcionada.

Presentábase á la cabeza de la importante raza vacuna un toro y un ternero de la famosa raza Durham, pertenecientes, si no recordamos mal, á la escuela alavesa de agricultura. Seguian despues algunos ejemplares de las razas suiza, holandesa, grande y pequeña breton, napolitana, asturiana y castellana, todas ellas de gran mérito como razas de leche. Pero en cuanto al ganado de labor descollaba sobre todas la provincia de Avila por sus magnificos ejemplares.

Entre ellos figuraban en primera línea dos hermosísimas vacas de raza española, castradas, á nuestro parecer, y pertenecientes á don Juan Lorenzo Martin del Rio, y dos bueyes de don Juan Antonio Hernandez. Tambien la Coruña, Oviedo, Salamanca y Valencia se hallaban dignamente representadas.

Con verdadera satisfaccion hemos observado notables adelantos en el ganado lanar, viendo al lado de la hurra castellana el *dislhey* y el sajón, tipos enteramente opuestos. Entre las razas finas extranjeras descollaban las sajonas del señor marqués de Perales y de la escuela agrícola de Alava, figurando despues la *dislhey*, la *south-down* y los cruzamientos con nuestras razas aragonesa y manchega, los merinos y las estambreras de Aragon, Castilla y Estremadura.

Esta última raza aumentará muy pronto en finura, pues la sociedad de ganaderos de Zaragoza ha comprado al representante de Alava sus sementales; teniendo el señor marqués de Perales la galantería de regalarles un cordero procedente de *dislhey* y aragonesa de dos tercios de sangre.

Nada diremos de las demás especies de ganados, porque no han ofrecido, á nuestro modo de ver, cosa que sea digna de ser mencionada.

Tampoco nos detendremos á enumerar las aves, entre las que descollaba la gallina cochinchina, raza que á pesar de su admirable corpulencia y su natural tendencia á engordar, no tiene nunca el gusto delicado de nuestra pequeña castellana.

En cuanto á la floricultura, llaman justamente la atencion los ejemplares presentados por el real patrimonio, por el botánico de Madrid, y por el señor duque de Osuna; pero lo que merece particular mencion es la magnífica coleccion de coníferas traída de Barcelona, cuyo mérito excedería á cuanto se ha presentado si tuviesen mas edad sus ejemplares.

Hemos recorrido, aunque ligeramente y de una manera incompleta, los principales artículos que figuran en la exposicion agrícola de 1857. Considerándola como un primer ensayo, no podemos menos de enorgullecernos por sus resultados. Sin embargo, al recordar que en medio de tan ricas producciones, nos vemos obligados á importar del extranjero las maderas



para la construccion de nuestros muebles, los primeros artículos para nuestro alimento, y hasta los mas groseros tejidos para vestirnos, un sentimiento de amargura se apodera de nosotros. ¡Somos pobres en medio de la riqueza! ¡Carecemos de todo en medio de la abundancia! ¿Y porqué? Por nuestra falta de comunicaciones, por nuestra falta de industria.

Ojalá sea esta exposicion de agricultura un estímulo para nuestros gobiernos; ojalá sea un aliciente á nuestros hombres de negocios: por nuestra parte, vemos en ella un motivo mas que nos alienta á continuar nuestras tareas. — JOAQUIN HELGUERO. (Gaceta de los caminos de hierro.)

Inauguracion

DE LA ESTATUA DE M. GEOFFROY SAINT-HILAIRE EN ETAMPES.

El domingo 11 de octubre Etampes rendia un homenaje solemne á la memoria de uno de sus hijos mas ilustres. En esa bonita ciudad se inauguraba la estatua de M. Geoffroy Saint-Hilaire, el célebre naturalista, cuyos grandes trabajos científicos fueron recordados por los diferentes oradores que acudieron á la ceremonia de la inauguracion de su estatua, á saber: M. Dumeril, decano de la seccion de zoología en nombre del Instituto; M. Serres, en nombre del Museo; M. Milne Edwards, en nombre de la Academia de ciencias; M. Michel Levy, en nombre de la Academia de medicina.

M. Jomard enumeró los servicios hechos por Geoffroy Saint-Hilaire cuando la expedicion de Egipto en la que acompañó al general Bonaparte como miembro de la comision científica.

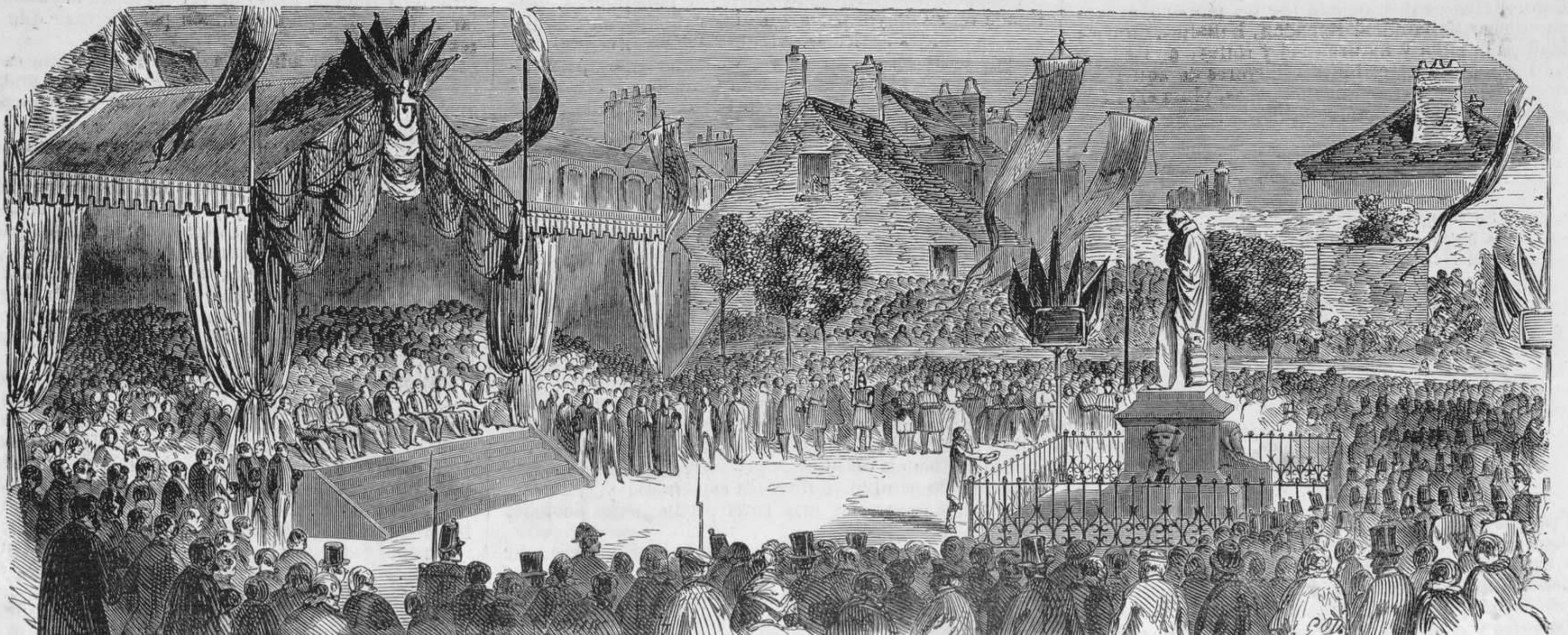
La estatua, ejecutada por el joven escultor M. Elias Robert, se costeó con el producto de una suscripcion nacional, como se ha consignado en una inscripcion grabada en el zócalo.

La fiesta se terminó con un banquete ofrecido por la ciudad de Etampes á las personas que fueron convidadas á la ceremonia.

Viaje por los mares del Norte

A BORDO DE LA CORBETA « LA REINE HORTENSE, » POR M. CH. EDMOND (CHOICKI).

Hé aqui otra relacion de viaje por los mares del Norte, un tomo en que se habla de hielos, de osos blancos y de esquimales; ¡cuántas páginas ocupadas en costear el mismo banco de hielo! Y qué terrible sería para nosotros si sorprendidos ahí debiéramos pasar medio año en las tinieblas, pues á tales accidentes debe resignarse de antemano el lector que se aventura á viajar por los mares del Norte.



Inauguracion de la estatua de Geoffroy Saint-Hilaire, en Etampes, el 11 de octubre de 1857.

Si corre en trineos tirados por perros, se observan las variaciones de la aguja imantada, se hacen agujeros en los hielos para coger focas, se cazan osos blancos y zorros azules, y así se pasan seis meses.

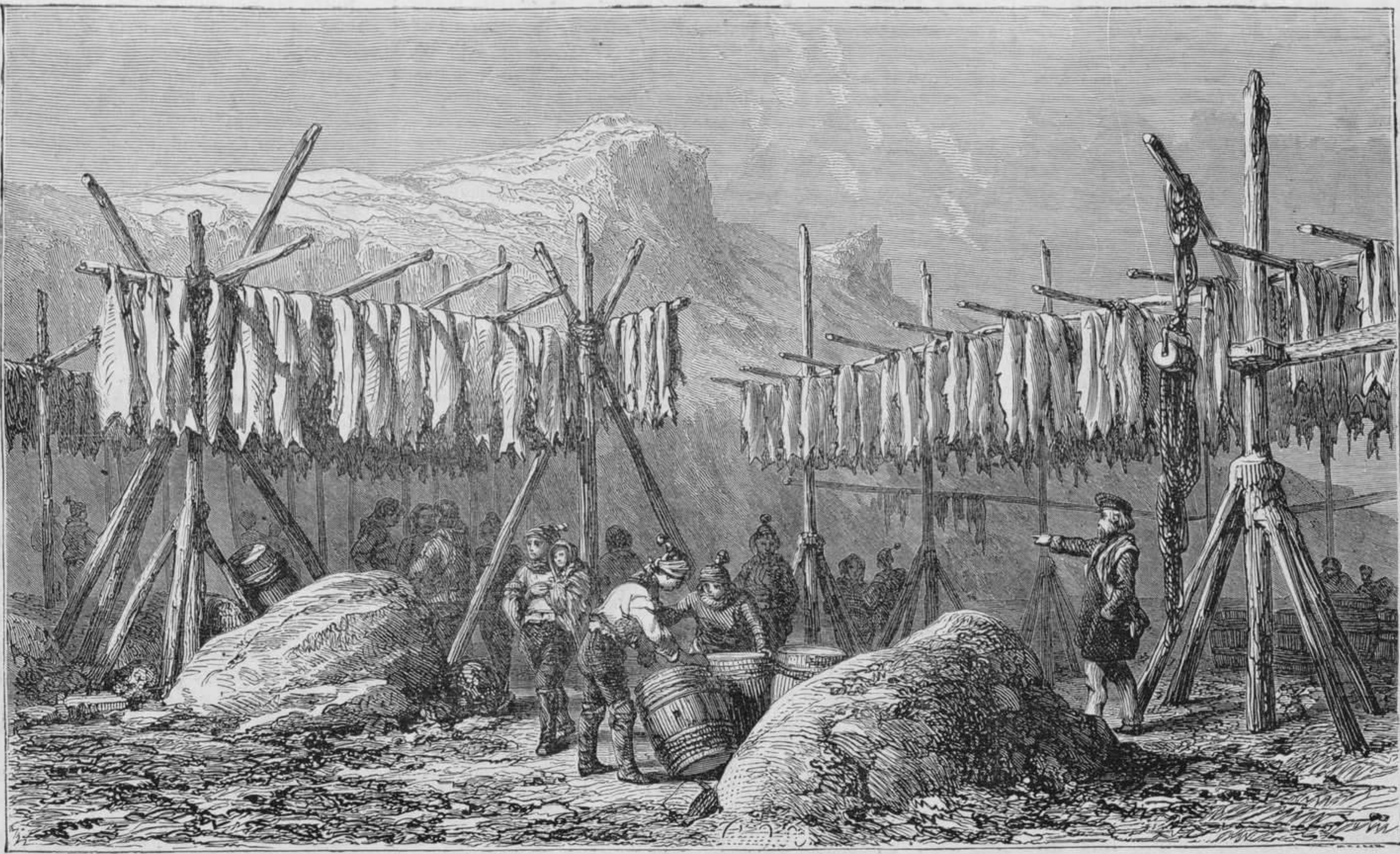
Sé que no todo el mundo abunda en mi opinión; pero yo tengo una predilección marcada por los viajes á los países del Norte, á mí me gustan las llanuras de nieve, los bancos flotantes, los fríos, la cabaña humeante del pescador. Hasta el tendadero donde ponen á secar el bacalao, cuya vistase halla entre nuestros dibujos, tiene para mí su encanto y su poesía.

Pero no se crea sin embargo, que todo sea nieve en el país que recorremos; hay en él bosques apacibles y sombríos donde nunca luce el sol sino á través de una enramada frondosa, como dice el poeta Regnard, hablando de las hermosas sombras de la Laponia.

Vemos pues, que el Norte puede tener sus Titiros; echemos una ojeada á esas tres Amarilis islandesas; sus ojos son azules como el vergeis-mein-nicht que se oculta en la pradera próxima, sus cabellos tienen el color del boton de oro que crece en el barranco que está ahí cerca. La Islandia no solo tiene flores silvestres, sino flores de jardín como el alelí y la reseda. ¿Cuál no debió ser la emoción de nuestro viajero al ver en una ventana de Reykiavik un tiesto de alelíes, por donde se oían los sonidos de un piano!

El piano ha llegado á Islandia, y la prueba es que en el baile dado por los principales habitantes de Reykiavik se bailó la polka. Ahora bien; al decir polka, se sobreentiende piano: son cosas inseparables. Me habria gustado ver bailar á aquellas señoras y señoritas, pues las islandesas tienen su valor, segun el autor del libro que nos ocupa; un poco melancólicas, un poco frias quizá, pero la melancolía tiene tambien su gracia.

Pero ¿qué furor tienen ahora todas las mujeres de renunciar á los encantos patrióticos del traje nacional? Imposible es decidir á las islandesas á que se pongan sus adornos tradicionales. Los viajeros las suplican en vano que abandonen las modas parisien-ses de hace tres años traducidas por una modista de Copenhague, que se dignen mostrarse en la sencillez de su prendido setentrional; súplicas, instancias, negociaciones, todo es inútil, el bello sexo islandés se creería deshonrado si cediera. Un momento sin embargo, los



Viaje del príncipe Napoleón por los mares del Norte. — Tendadero para secar el bacalao en Fiskerness (Groenlandia).



Mujeres islandesas.

viajeros pudieron figurarse que sus ruegos habian sido escuchados. Un segundo baile debía tener lugar en casa del gobernador, y esta vez debian salir del armario los trajes nacionales, así se prometió. Llega por fin la fiesta tan deseada, y los convidados se encuentran en presencia de cinco ó seis niñas con el traje antiguo: es la única concesión que las damas de Reykiavik creyeron debian hacer á la curiosidad de sus huéspedes. En cambio las esquimales no han hecho traicion todavia á su vestido nacional. Quizá lo dejan para mas tarde; entre tanto se visten aun como al principio del mundo y de la Groenlandia. Mucho malo se ha dicho de los esquimales; M. C. Edmond se ha dado la tarea de rehabilitarlos. Les acusan de comer carne cruda, lo que es falso, pues no desdennan una buena tajada bien cocida cuando se les presenta. Sin duda se suele ver un esquimal despedazando una foca, que en el ardor de la operacion se bebe un vaso de sangre y devora al mismo tiempo un pedazo de tocino del animal, pero preciso es que el hombre se refresque. Se puede asegurar que el esquimal tomara con igual gusto un trozo de jamon y un vaso de aguardiente; pero el filósofo se contenta con lo que Dios le ha dado.

En cuanto á las mujeres, para verlas bien, subamos á bordo de la *Reine Hortense* mientras la banda de música ejecuta una contradanza francesa; tenemos baile sobre cubierta, y los marineros han convidado á las groenlandesas, que verdaderamente no bailan muy mal á pesar de sus grandes botas; se menean y saltan del mismo modo que á veces se diria no están desprovistas del conocimiento del compás y de la armonía. Hé ahí un baile curioso y que á mi juicio vale tanto como el de Reykiavik.

¡Pobre Reykiavik! ¿quién sabe cuál es su suerte desde que salió de él M. C. Edmond; quizás han llegado á las manos el partido Randrup y el partido Johnson! La situación era ya muy crítica cuando pasó por allí la *Reine Hortense*; dos partidos se hallaban frente á frente, el de la joven Islandia que reconoce por jefe al farmacéutico Randrup, y el de la vieja Islandia que marcha bajo la bandera del doctor Johnson.

El partido de la joven Islandia tiene por auxiliar al único periódico de la localidad, y el otro partido se apoya en la sociedad literaria de Reykiavik. Como vemos, las fuerzas son casi



Aldeanos noruegos.

iguales entre ambas facciones. ¿Quién triunfará, Rindrup ó Johnson? Esto es un secreto del destino.

Me gustaría llevar al lector á la isla Juan Mayen; es una isla fantástica, donde solo tres ó cuatro buques han podido llegar hasta el día; pero la *Reine Hortense* no aumentará ese número. El hielo rodea la isla por todas partes, imposible abrir en él una brecha. Nos detendremos pues en Godthaab. Saludemos esa iglesia con sus cinco casas; es la capital de un continente tan grande como la Francia.

El encanto de los viajes no reside tanto en las sensaciones que uno experimenta, como en las que hace experimentar á los demás. Los viajeros de buena fe confiesan que no hay placer igual al de viajar entre los salvajes; su curiosidad os eleva, ya no sois un hombre, sino un ser sobrenatural, un dios. Llegad á bordo de una fragata á Marsella, á Londres, á Liverpool, al Havre, á cualquier puerto de Francia ó de Inglaterra, nadie notará vuestra presencia; pero ¡figurémonos la sensación que producirá en Godthaab el saludo de la *Reine Hortense*! Los habitantes salen de sus cinco casas espantados del cañonazo que significa una visita, y esta les da á entender que no se hallan separados del resto del universo. Habeis excitado emociones y creado recuerdos, en una palabra, habeis hecho vivir á las quince ó veinte almas que componen la población de la capital de la Groenlandia. Seguramente M. C. Edmond y sus compañeros pueden decirse: Hay un lugar en el mundo donde nuestra presencia ha dejado huellas profundas, donde hablan de nosotros, donde jamás nos olvidarán, y este lugar es Godthaab. ¿Cuántos viajeros recorren la Europa entera sin poder decir otro tanto!

Los suscritores del *Correo de Ultramar* conocen ya el viaje de la *Reine Hortense* por los dibujos relativos á él que hemos publicado; con un crecido número de grabados han podido ver un artículo sobre la exposición de los objetos curiosos traídos de la expedición. Hoy no hemos tenido otro objeto que el de decir cuatro palabras sobre la relación de ese viaje dado al público por M. C. Edmond en un libro de una lectura tan útil como amena. En él hay un poco de todo, historia, poesía, costumbres y aun política, pues cerca del polo se agita en este momento una cuestión de la mas alta importancia para el porvenir de la Europa, esto es, la fusión de todos los elementos escandinavos en una sola nación. M. C. Edmond expone y discute el problema con mucha profundidad en un notable capítulo de historia. No le seguiré ahora en ese terreno; por este instante solo me ocupo del narrador y del poeta. — Pero llegó el momento de abandonarle, pues distingo una porción de aldeanos noruegos; entramos en una ciudad civilizada, en Bergen, la capital de la Noruega. Otros pueden seguir al viajero á Christiania, á Copenhague, á Estokolmo; nosotros nos detendremos aquí donde se acaba en realidad ese mundo polar que acabamos de recorrer, mundo muy singular por cierto, pero donde se encuentra mas evidencia que en otras partes la paciencia, la fuerza y el genio del hombre.

T. D.

Revista de Paris.

La corte está en Compiègne, donde recibe alternativamente á todos los altos personajes franceses y extranjeros que residen en Paris. En la primera semana tocó el turno á los españoles. Los duques y duquesas de Alba y de Medinaceli, la condesa de Sefelani y el duque de Rivas han sido objeto de mil atenciones por parte de SS. MM. II. en las cacerías, en los paseos, en los salones y en el teatro del palacio de Compiègne. La emperatriz Eugenia manifestó un afecto obsequioso á nuestro embajador que el emperador Napoleon buscó frecuentemente para hablar con él no solo de política sino tambien de literatura, sabiendo el renombre que goza el duque en la republica de las letras. Nos complacemos en señalar aquí estas distinciones que son una prueba mas de la benévola acogida que desde el primer día de su llegada á Paris mereció á la corte imperial el digno representante de la España.

La corte volverá á Paris próximamente.

Estamos en una época bien estéril para la crónica. El mes de diciembre se pasa todo en preparativos para las reuniones, conciertos y bailes de invierno. Se habla de fiestas venideras aquí y allá, se citan aperturas de nuevos y espléndidos salones, se pintan en perspectiva variados placeres; pero entre tanto como la señal no está dada aun, todo sigue en la inercia, bien que Paris se halle poblado ya lo mismo que en enero. Se puede decir que en el día de hoy no existe mas que un centro donde está permitido reunirse sin faltar á las reglas del buen tono, y este lugar favorecido es el Teatro Italiano. La empresa no se quejará de esta circunstancia.

A mayor abundamiento parece ser que este año los Italianos estarán mas en foga que nunca; el señor Calzado habrá consumado así una obra que se tenía por imposible, á saber, la resurrección de esta escena lírica que agonizaba lastimosamente hacia tanto tiempo. En uno de nuestros artículos anteriores hemos publicado los nombres de los artistas que forman la compañía actual, y la lista de las principales óperas que se cantarán en la temporada; las novedades á la verdad no son muchas, pero ¿quién ha de pedir que se reemplacen con algo nuevo obras como «Don Giovanni», la «Cenerentola» y el «Barbiere»? Seria pedir demasiado.

Y sin embargo se reemplazan, porque así lo quiere la

fuerza de las cosas. Verdi absorberá esta temporada como en la anterior la mayor parte de las representaciones. Los franceses quizá cansados ya de poner su mérito en tela de juicio, hallan mas cómodo aceptarle y aplaudirle despues de haberle negado hasta lo que legitimamente le pertenece; ¿quién sabe si llegarán á fanatizarse por él como los italianos? En Italia se ha llegado á un punto que la censura de una ópera de Verdi resalta de tal manera en el coro universal de alabanzas, que puede traer fatales consecuencias á la localidad donde se ha cometido ese acto de desacato. En Milan son aficionados á la música de este maestro; pero hé aquí que un folletinista de la «Gaceta» llamado Rovani se ha permitido criticarla, y en seguida Verdi ha condenado á los pobres milaneses á la privación de todas cuantas óperas componga mientras Rovani escriba en la «Gaceta» ¡Qué conflicto! El Austria tendrá que tomar serias medidas, porque la población de Milan anda alborotada. Verdi puede irse tranquilizando sobre este punto por lo que hace á Paris; ya quedan en él pocos Rovanis.

Daremos cuenta á nuestros lectores de las representaciones mas notables del Teatro Italiano.

Un periódico del departamento del Aisne ha puesto en circulación una curiosísima historia que ha sido repetida en los diarios de Paris, y que sin duda correrá por todo el universo. El redactor principia por asegurar que no va á referir un cuento ó una novela, sino la verdadera historia de una familia de aquel país, que habita en las cercanías de Laon. Esta familia que hasta ahora no contaba para vivir con otro recurso que el trabajo, desciende de un grande de España de 1845, y va á disputar próximamente ante los tribunales la pingüe fortuna de una de las casas mas ilustres de Francia. Hé aquí los hechos.

A mediados del siglo XV don Magis Engleber, conde de Logroño, de Burgos y de Balty, señor de Molina, entró á servir en Francia y peleó en los Países Bajos durante las revueltas de las ciudades flamencas contra Felipe el Bueno, duque de Borgoña. El conde de Logroño mandaba en la batalla de Bouvines el ejército del famoso Luis de Borbon, obispo de Lieja.

Derrotados los flamencos, el conde de Logroño quedó prisionero del duque de Borgoña, quien le encerró en una fortaleza. En aquellos tiempos semi bárbaros duraba la costumbre de matar á los prisioneros de guerra que no podían rescatarse por mucho dinero.

Como el conde de Logroño era riquísimo, salvó su vida y su libertad cediendo el dominio útil de la mayor parte de sus bienes al duque de Borgoña y sus descendientes por espacio de 400 años, que comenzando á contar el 30 de julio de 1455, habian de terminarse despues de recogida la cosecha de 1855, en cuya época volveria á unirse el dominio útil y el directo en los herederos del conde.

El contrato fué autorizado con el sello de Francia y el del obispo de Lieja.

El conde de Logroño no tuvo mas que un hijo.

En el árbol genealógico de esta ilustre familia se nota una serie de descendientes nacidos en España en las ciudades de Logroño, Segovia, Madrid y Bilbao hasta mediados del siglo XVI.

Por los años de 1594 un Logroño nació en Nimega y otro en Nichini (Países Bajos) en 1629. El primer Logroño que segun parece se estableció en Francia, fué bautizado en 1654 en Mont-Saint-Hubert, y afrancesando su apellido se llamó Le Grain: era hijo del Logroño que nació en Nichini.

No se sabe por qué motivo Miguel Le Grain vino á establecerse en Francia, así como tambien se ignora cuál era el estado de su fortuna ó su profesion. Tuvo dos hijos, el menor murió sin descendencia, y el primogénito llamado Pedro Roberto Le Grain, que vió la luz en Chekregny el 9 de febrero de 1698 fijó su residencia en Martigny, donde segun se cree contrajo matrimonio y de él hubo dos hijos. En dicha población se encuentra su descendencia, á excepcion de las mujeres de dos ó tres habitantes de Laon.

Ahora se trata de saber qué ha sido de los bienes que abandonó al duque de Borgoña el conde don Magis Engleber Logroño. Dicese que las condiciones del contrato de rescate fueron estricta y legalmente ejecutadas por los herederos del duque Felipe, quienes durante un largo período no enagenaron ninguna de las numerosas fincas que sabian no pertenecerles en pleno dominio.

Los nuevos sucesores ponian un cuidado especial en determinar el origen, la naturaleza y condicion de los bienes que habian sido cedidos por el conde, y que en la época determinada debian volver á sus descendientes. En los Países Bajos habia Logroños ó Le Grains que velaban de generacion en generacion por sus haciendas futuras.

A fines del último siglo los bienes en cuestion se hallaban en manos de la familia S... que emigró en tiempo de la revolucion, siendo aquellos confiscados entre los bienes todos de la dicha familia; pero el ciudadano D. G. Le Grain, representante del pueblo por el departamento de Sambre y Meuse, reclamó contra el embargo, probando que no podian considerarse como bienes de emigrados las propiedades en que uno de ellos gozaba únicamente el dominio útil, y que pronto serian reclamados por la familia dueña exclusiva del dominio directo, de la cual él formaba parte, y á la que no podian alcanzar en este punto las leyes de la republica.

El representante Le Grain obtuvo un fallo favorable, y por decreto del ministro de Justicia sancionado por los Consejos el 24 termidor año VI (11 de agosto de 1796) se levantó el secuestro de los susodichos bienes, que no habiéndose vendido fueron restituidos á la familia S... en cuya posesion se encuentran todavia.

Tal es la historia. Ahora se dice que los herederos del duque Felipe de Borgoña ofrecen á los del conde de Logroño por vía de transaccion la suma de veinte millones de francos. Por este ofrecimiento se puede conocer que se trata de una cuantiosa herencia.

Entre las personas recién llegadas á Paris de regreso de las excursiones del verano, se cuenta una señora de la alta aristocracia, una duquesa del barrio de San German, que contra los usos y costumbres de la nobleza francesa ha contraído matrimonio con un jóven de origen plebeyo. La dama que hace cinco años se habia quedado viuda en una edad lejana ya de la juventud, se enamoró apasionadamente de un hombre que no habia llegado aun á los treinta años, y que era, como hemos dicho, de condicion muy oscura.

Este amor sembró en el alma de la duquesa una incertidumbre cruel.

La severidad de sus principios religiosos la prohibia cometer una falta, y la tiranía de su orgullo de noble la cerraba las puertas del matrimonio. Durante algun tiempo sostuvo la lucha; pero despues, sin haber logrado dominar los impulsos de su corazon, concibió una idea, á cuyo beneficio le pareció que podia dejar á salvo los intereses y las exigencias de su altanería aristocrática.

Era esta idea un partido extremo, un expedient de graves consecuencias; pero la dama no hallando nada mejor, hubo de adoptarle, y con este motivo dijo un día al jóven:

— Estoy decidida, me caso con Vd.

— ¡Tanta honra!...

— Sí, pero ya puede Vd. figurarse que no por eso dejaré de ser la misma que soy ahora; no abdicó mi nobleza, nuestro matrimonio quedará secreto.

— Sin embargo, debe Vd. llevar mi nombre, siendo mi mujer...

— No le llevaré; conservaré el nombre y el título del difunto, y para todos seré siempre viuda y duquesa.

— ¿Viviremos pues separados?

— Nada de eso, viviremos juntos, Vd. pasará por mi secretario íntimo.

El jóven aceptó estas condiciones (en Paris se encuentra gente para todo) y el casamiento se efectuó misteriosamente.

Aunque en paz con su conciencia y con su orgullo, la duquesa se vió desde el principio, muy comprometida. No obstante los cuidados especiales que ponía en disimular su verdadera situacion; no obstante el imperio y altivez con que trataba al secretario en público, la maledicencia comenzó á murmurar, y á mayor abundamiento varias circunstancias vinieron á descubrir indicios de una intimidad secreta entre ambas personas.

Así pasaron algunos años, hasta que al fin hace dos meses en Baden un incidente muy significativo vino á poner casi en evidencia lo que se trataba de ocultar á toda costa.

Era en medio de ese salon brillante de la conversacion donde se reúne todos los días durante la temporada, la flor de la aristocracia europea. El supuesto secretario berido por el tono duro y desdenoso con que le habló la duquesa, se incomodó y la dió una respuesta insolente.

La duquesa se sonrojó y guardó silencio con asombro general de los presentes.

— ¡Qué falta de respeto! decian.

— ¡Qué descaro!

— Mañana le despedirá seguramente.

Pero no fué así, y la sorpresa creció de punto al ver que el atrevido conservaba su empleo.

Entonces se hubo de creer en la existencia de relaciones ilícitas, y los que habian defendido siempre á la virtuosa duquesa concluyeron por revelar la verdad del caso. Hoy toda la nobleza lo sabe; pero no hay duda que se verá esta alianza con indulgencia, y todos conservarán á la dama ese título que tanto temia perder casándose con un plebeyo.

Ya que estamos en el capítulo de matrimonios, que da siempre en Paris abundante materia á la crónica, vamos á señalar el de un jóven que gracias á su boda se ha podido salvar como en una tabla de una ruina completa.

Este jóven llamado Leon X..., muy conocido en los círculos elegantes de Paris, habia consumido su patrimonio alegremente y en muy pocos años.

Como tantos otros que se hallan en un caso igual, buscaba una mujer rica sin hallarla. Los padres se hacen los sordos á tales pretendientes, y las niñas de Paris no se enamoran con facilidad de los que se han comido sus haciendas, porque juzgan, y en esto llevan razon, que el que ha devorado sus bienes propios, mejor devorará los ajenos. En el día la juventud es muy pensadora. La casualidad sin embargo le ayudó en esta circunstancia.

Una noche Leon entró en la Opera seguido de un viejecillo de aspecto nada brillante que tomó asiento en la butaca que estaba al lado de la suya, y trabó conversacion con él. El coloquio duró toda la noche, y nuestros dos personajes se hicieron amigos. Leon ofreció su casa al interlocutor, este le prometió una visita, y efectivamente se presentó á verle á la otra mañana. No habia pasado mucho tiempo despues de esta primera entrevista, cuando el anciano deshaciéndose en protestas de amistad llegó á decirle al cabo:

— Me intereso muchísimo por Vd...; quisiera hacer algo en su favor...

— ¡Ay amigo mio! la tarea es difícil.

— Veamos, ¿quiere Vd. casarse?

— ¡Diablo! exclamó el jóven; Vd. lee en el corazon de las personas.

— Un poco; es la experiencia, amigo mio.

— Pues sí señor, me casaria, pero...

— Ya sé, hace falta una buena dote, ¿no es verdad?

— Justamente.

— ¿Qué diría Vd. de cien mil pesos en el acto, sin contar lo que vendrá mas tarde?

Leon dijo lo que habria dicho otro hombre en su caso, que la amistad de aquel sugeto era providencial; que aquella idea realizada le salvaba la vida.

El anciano le presentó en casa de un comerciante que tenia una hija á la que destinaba cien mil pesos de dote. La niña no vió con disgusto al presentado, que era un arrogante mozo, de modales finos y esmerada educacion; pero

el padre se incomodó al oír hablar de boda. Sin embargo, el viejo que era su amigo íntimo, le dió tan buenos informes sobre el solicitante, disimuló tan bien las culpas de su historia pasada, exageró tanto su mérito y sus virtudes, en suma puso en juego tales recursos, imaginó estratagemas tan ingeniosas, que hace ocho días se casó Leon con la hija del comerciante.

El joven se hallaba estupefacto cuando pensaba en aquella amistad extraordinaria á que debía su fortuna. A los tres días de celebrado su matrimonio el anciano le fue á visitar.

— Amigo mio, amigo mio, exclamó Leon lanzándose en sus brazos; nunca olvidaré lo que ha hecho Vd. por mí... — ¡Oh! No ha sido nada.

— Eternamente le estaré á Vd. agradecido.

— ¿Y la señora?

— Es divina, la quiero con delirio.

— Muy bien, muy bien; ¿y se tomó la dote?

— Sí, amigo mio, se encuentra ya en mi poder.

— Es Vd. un hombre dichoso.

— Completamente dichoso. Figúrese Vd. cuál será mi felicidad que creo habria tomado á mi mujer sin un ochavo.

— ¿Qué locura! amigo mio.

— Sí, se lo aseguro á Vd.

— Pues estariamos frescos, bastante habria ganado yo con el negocio.

— ¡Cómo! ¿Qué quiere Vd. decir?

— Hace un instante me afirmaba Vd. que su gratitud seria eterna.

— Y lo repito, si en algo puedo servir á Vd. mande con toda confianza.

— ¿Aunque se tratara de un servicio de dinero?

— Por de contado.

— Es verdad que le daré á Vd. recibo. — Tenga Vd. pues la bondad de satisfacerme el importe de estos pagarés que Vd. ha firmado, y que se elevan á un total de veinticuatro mil pesos y pico, incluso los réditos. Habria podido meterle á Vd. en la cárcel, pero ¿qué habria conseguido estando Vd. arruinado? Me ha parecido mejor proporcionarle un rico matrimonio.

Leon se quedó como quien ve visiones. Aquel amigo, aquel bienhechor, aquel ángel que le habia salvado, era un usurero que habia adquirido todos los créditos que él tenia diseminados por Paris en poder de distintos acreedores, y que ideó aquella manera original de realizarlos.

MARIANO URRABIETA.

Manneken-Pis.

EL MANNEKEN-PIS es el *Palladium* de Bruselas, y como tal goza una popularidad inmensa. Representa á un niño desnudo en actitud de hacer aguas, y sirve de coronamiento á una de las fuentes de aquella capital. La estatua de bronce, obra del célebre escultor Duquesnoy, reemplazó en 1648 á la primitiva figura que era de piedra: se halla situada en la esquina de las calles de la Encina y de la Estufa. Los habitantes de Bruselas han manifestado siempre á su *Manneken-Pis* una veneración constante, unánime y profunda, mas parecida á un culto que á un sencillo homenaje.

El 3 de octubre de 1817, unos ladrones, ó quizá los enemigos del Estado robaron al niño, y la ciudad toda se vistió de luto creyéndose amenazada de alguna gran calamidad. Felizmente apareció la estatua en casa de un malhechor escapado de presidio. Fué colocada con gran solemnidad sobre su pedestal el 6 de diciembre de 1818; y desde ese día un enverjado lo pone á cubierto y lo separa de los mal intencionados; en la actualidad el pobre niño se confunde con los presos de una cárcel, y al verlo allí enjaulado nadie diría que es el *ciudadano mas respetable de toda la ciudad*.

Manneken Pis cuenta muchos siglos de antigüedad, y su origen parece ser el siguiente:

Los duques de Brabante perdieron en cierta ocasion á un niño suyo de edad de siete años llamado Godofredo: el angelito se habia escapado del palacio de sus padres. Se le buscó por toda la ciudad, y al fin apareció en el sitio que hoy ocupa la fuente, haciendo el mismo menester que hace ahora el *Manneken*. Para demostrar su júbilo mandaron construir sus padres la fuente y la estatua en la misma postura en que habian encontrado á su hijo.

El *Manneken-Pis* ha sido el niño mimado de varios soberanos y magnates. Cuando la Bélgica formaba parte de los Estados de la casa de Austria, las naciones limítrofes ó aliadas de aquella se mostraron en diferentes ocasiones generosas y magníficas con el mismo. La Suiza remitió en 1625 al niño el diploma de ciudadano suizo; el rey de Cerdeña le concedió el título de marqués en 1645; el elector de Baviera le regaló un hermoso guardarropa y le dió además un ayuda de cámara para vestirse; Luis XIV lo nombró general y la reina le envió sus insignias; Luis XV en reparacion de los insultos que le habian hecho algunos granaderos franceses, lo condecoró en 1747 con el gran cordon de San Luis, y le regaló un traje completo con un sombrero de gala y su correspondiente espada.

El tal hombrecito tiene siempre sus ayudas de cámara que le visten los días de ceremonia con el traje é insignias que posee. El día de la gran fiesta del *Kermesse*, que es en el mes de julio, aparece siempre con uno de esos trajes; el que mas usa desde la revolucion de 1830 es el de oficial de la guardia cívica. Demócrata, absolutista, republicano, realista y constitucional, el *Manne-*

ken-Pis es un verdadero Proteo que se reviste con las galas que ponen en moda las revoluciones y los partidos. Cuando la primera revolucion francesa lució el traje de *sans-culotte*, que es el que mas le conviene y usa con predileccion, y en tiempo del Directorio apareció vestido de currutaco. Posteriormente ha sabido siempre adoptar un traje de circunstancias.

Mas no le bastaba al vanidoso *Manneken* haber recibido favores de los soberanos de Europa; era preciso tambien que el hombre del siglo, el gran Napoleon, lo admitiera entre *les vieux grognards* de su guardia imperial. El caso sucedió, segun nos lo ha referido M. Emilio Marcos de Saint-Hilaire en sus *Recuerdos del Imperio*, de la manera siguiente:

En 1806, al poco de su matrimonio con María Luisa, se propuso Napoleon visitar los Países Bajos. Era este un viaje que meditaba hácia ya tiempo, con el fin de recorrer un territorio que no conocia, y cuya reciente y nueva administracion le interesaba ver de cerca. Partió de Paris, se detuvo en Ostende, y llegó á Amberes donde se le unió la emperatriz. Permanecieron ambos unos cuantos días en esta célebre plaza fuerte, y por último se separaron, quedando en reunirse en el castillo de Lacken situado á media legua de Bruselas. Tomó Napoleon el camino de Amsterdam, donde hizo su entrada á caballo acompañado de un estado mayor, el mas lucido que puede imaginarse. Permaneció una semana en la capital de la Holanda, se dirigió á Utrecht, y llegó por último al castillo de Lacken, donde tuvieron lugar espléndidas fiestas.

Una mañana que acompañado de la emperatriz se paseaba por los vistosos jardines del castillo, se le acercó el gentil hombre de servicio y le anunció la visita de una comision compuesta del ayuntamiento y *notables* de Bruselas.

— ¿Qué me quieren esas gentes? exclamó el emperador. ¿No me ha presentado ya el prefecto todos ellos?

— Señor, respondió el gentil hombre, creo que se trata del *Manneken-Pis*.

— ¿Qué cosa es esa, el *Manneken-Pis*? repuso Napoleon. Vamos á ver.

Se despidió afectuosamente de la emperatriz, y penetró en el salon donde se hallaba reunida la comision.

— ¿De qué se trata, señores? dijo Napoleon dirigiéndose con la mayor amabilidad á todos ellos, como gentes que revelaban en su fisonomía la sencillez y franqueza propias de la honradez flamenca.

Los individuos de la comision permanecieron mudos, hasta que un abogado, mas atrevido que los demás, dejó á la persona que los presidia que meditase su discurso, y acercándose al emperador le dijo:

— Señor, el paso que damos en este momento podrá parecer muy pueril á V. M.; pero la deferencia que se debe á todo lo que es un símbolo para un país hará tambien que V. M. se muestre indulgente con nosotros.

— Abreviad, abreviad, interrumpió Napoleon, enemigo de todos los grandes discursos que se le dirigian las mas veces sin objeto motivado.

— Señor, respondió el golilla, el cual, aunque flamenco, tenia todo el aplomo y audacia de un andaluz; hé aquí de lo que se trata. Los soberanos de mas fama, los mas bizarros capitanes y los magnates mas pudientes se han dignado, desde hace mas de dos siglos, conceder á nuestro *Manneken-Pis*, que es el ángel guardian, ó mas bien el grande hombre de vuestra ciudad, los mayores honores y dignidades. Ahora nos acercamos á V. M. para rogarle se digne conceder tambien al niño, primer ciudadano de Bruselas, un grado en vuestra guardia imperial; y á no poder ser así, en cualquiera cuerpo de vuestros ejércitos. Esta gracia, señor, será para nosotros una nueva prueba de la afecion particular que ha manifestado siempre V. M. á sus fieles súbditos de Bruselas.

— Señores, respondió secamente Napoleon, no acostumbro á imitar los errores de los que me han precedido en el trono ó en el mando de los ejércitos. Sin embargo, basta que me asegureis que el pueblo de Bruselas veria con gusto al *Manneken-Pis*, como le llamais, vestido con el uniforme de mi guardia... Accedo á vuestros deseos, y le nombro pito del primer regimiento de granaderos.

— ¡Pito! no era esto lo que esperaba la comision, pues en resumidas cuentas, un pito de regimiento es menos que soldado raso.

— Señor, se atrevió á decir un individuo de la comision, debemos hacer observar respetuosamente á V. M. que nuestro *Manneken-Pis* hace mas de cuarenta años que fué nombrado general austriaco, y que...

— ¡Qué importa! exclamó el emperador con una ligera sonrisa: qué importa. ¡Cuántos generales de mi guardia han empezado siendo pitos!

— Ciertamente que sí, replicó el mismo, pero...

— Señor, interrumpió el abogado, queriendo enmendar la falta cometida por su colega al replicar al emperador; dígnese V. M. conceder al menos la decoracion de la Legion de Honor á nuestro *Manneken*.

— Caballero, dijo Napoleon volviendo á tomar su aire sério, mi decoracion tiene demasiada importancia para que hagamos con ella un juguete de niños.

— Señor, el *Manneken-Pis* pertenece desde este momento á la guardia de V. M., repuso con admirable aplomo el abogado.

— Es verdad, dijo el emperador volviendo á su primitiva afabilidad; pero es todavia demasiado joven.

— Señor, hace ya mas de cuarenta años que el *Manneken-Pis* lleva con gloria el uniforme francés. Se ha puesto de gala siempre para celebrar las innumerables victorias de V. M., y cuando vuestras bizarras tropas

arrollaban al enemigo de la patria, el pobre niño ofrecia generosamente su agua potable para curar las heridas de los héroes y regar los laureles que ceñian las sienas de los mismos.

Esta vez Napoleon no pudo ya contener su risa, y dirigiéndose al abogado le dijo con la mayor amabilidad:

— Caballero, acabais de defender con gran talento los intereses del *Manneken-Pis*; no podia este haber escogido mejor defensor. ¿Qué carrera seguís?

— Señor, soy abogado.

— Lo habia adivinado, repuso sonriéndose el emperador.

— Si señor, soy abogado, continuó diciendo el interlocutor, á cuya penetracion no se habia ocultado el sentido de las palabras del emperador; soy abogado, pero he servido en el ejército desde 1794 hasta 1804 como oficial de artillería del ejército francés.

— Y estoy persuadido, dijo el emperador, que habreis sido tan buen militar como sois excelente orador en la actualidad. Señores, señalo una pension de 2,000 francos al *Manneken-Pis*. ¿Estais satisfechos?

Los señores de la comision hicieron una respetuosa reverencia y se retiraron llenos de júbilo.

Al día siguiente apareció el *Manneken-Pis* vestido con el uniforme de la guardia imperial. Un gentío inmenso le rodeó sin cesar, y todos los habitantes de Bruselas celebraron el nuevo ascenso de su *Palladium*; dos veteranos de la guardia le dieron centinela todo aquel día, y se extrañaron por cierto de encontrarse con un compañero de talla tan diminuta.

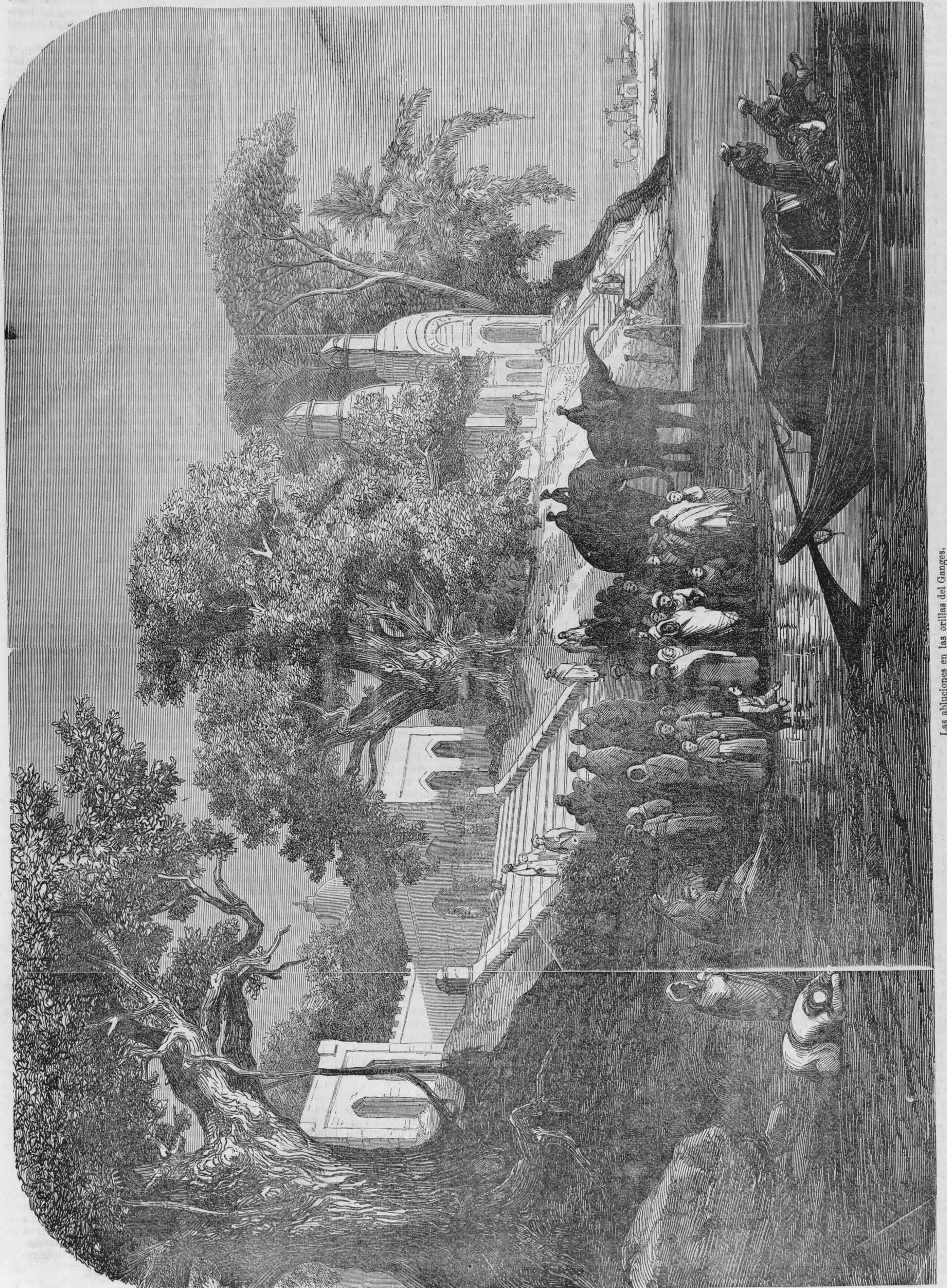
Aquel mismo día quiso Napoleon presenciar de cerca aquel júbilo popular, y á cosa de media noche entró con la emperatriz en un modesto coche sin armas ni insignias imperiales, y penetró en Bruselas por la puerta de Anderlacht, á fin de no ser conocido: permaneció dentro de la poblacion cerca de dos horas, y volvió luego á Lacken de donde partió al día siguiente.

Siete años despues con la caída del emperador, perdió el *Manneken-Pis* su pension; para indemnizarle el rey Luis XVIII le remitió las insignias de la flor de Lis, con el nombramiento extendido en pergamino, y el sello real de cera amarilla.

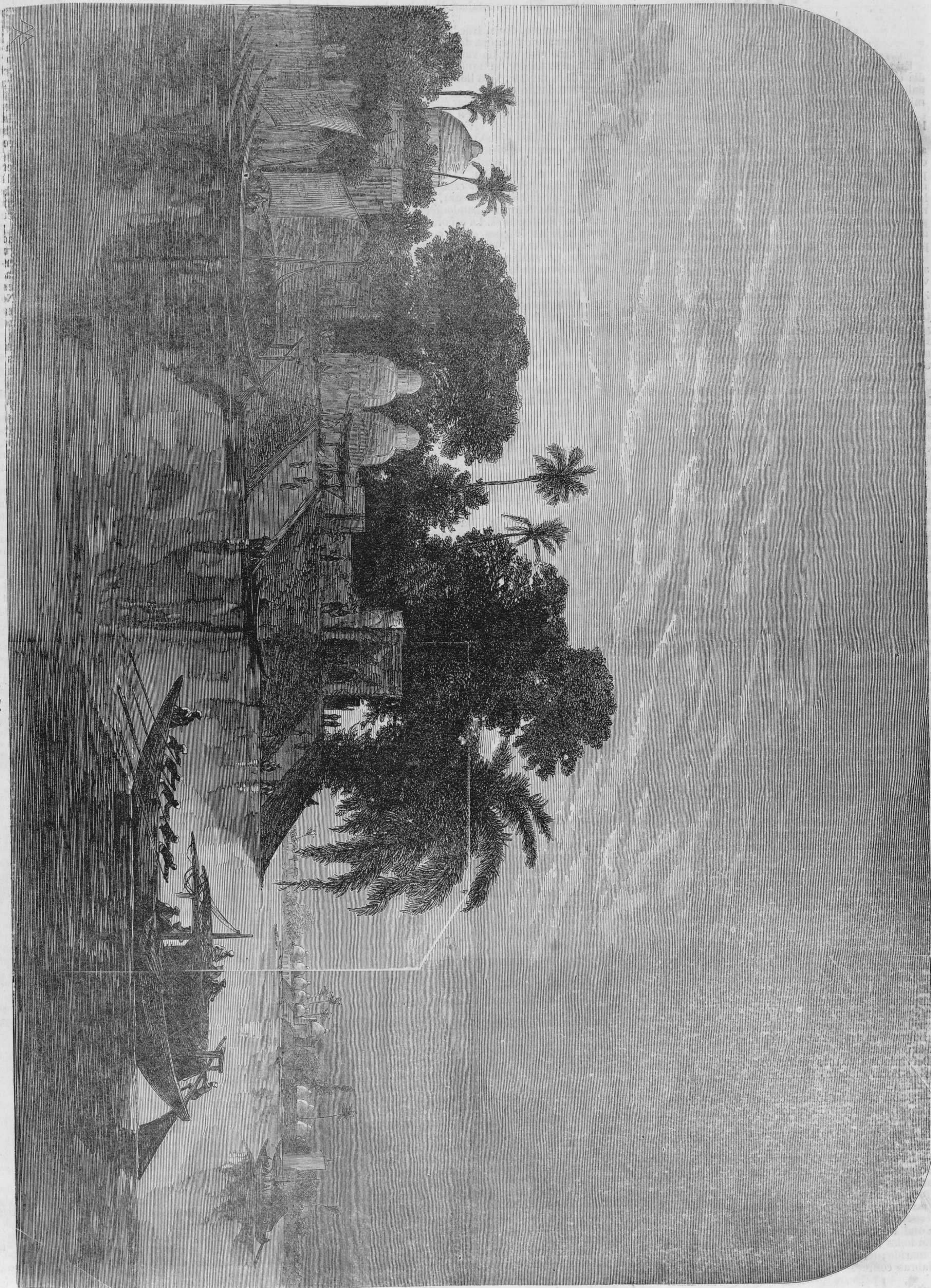
La India ilustrada.

El *Correo de Ultramar* que desde hace cinco años no deja pasar ningun acontecimiento de alguna importancia ocurrido en el mundo sin consagrarle en sus columnas ilustradas una exacta representacion, ha comenzado á publicar en los últimos números una série de artículos y de dibujos sobre la India tomados de las correspondencias interesantes y ricas carteras de varios viajeros ilustres que han recorrido ó visitado los países á que se refieren, série que puede considerarse como una introduccion á los trabajos que sobre el mismo asunto preparamos en el día. La guerra de la India excita hoy un interés universal, quizá tan poderoso como el que presentó últimamente la guerra contra la Rusia, y el *Correo de Ultramar* á fin de tener á sus lectores al corriente de este gran interés del momento, ha hecho y hará toda clase de esfuerzos y de sacrificios por satisfacer su legítima curiosidad, haciéndoles asistir, mediante la reproduccion de los lugares y de los personajes, á las escenas terribles del teatro donde está empeñada esa lucha gigantesca. Para esto tenemos ya en nuestro poder un número infinito de croquis, dibujos, fotografías y aguadas que publicaremos sucesivamente hasta completar el espectáculo de la India.

Hoy ofrecemos dos vistas del Ganges, ese rio sagrado que ha de ser tan célebre en la guerra actual como lo es en las creencias de la India y en su topografía; el Ganges que Siva, el mas poderoso de los dioses, regaló á la tierra haciéndole saltar de su propia frente para manifestar su alegría por el nacimiento del hijo que le dió la diosa Bhavani, su mujer; el Ganges que recibió su nombre de esa diosa, llamada Ganga en una de sus transformaciones; el Ganges cuyas aguas fertilizadoras están dotadas de toda clase de virtudes maravillosas, como la de lavar las manchas del alma, la de asegurar á los cuerpos que se traga el mejor sitio en la eternidad; el Ganges en fin que (dejando á parte la leyenda) al salir del Himalaya donde tiene su nacimiento no lejos del Thibet, entra por Hardwar en las vastas llanuras del Indostan, atraviesa las ricas provincias de Delhi, de Agra, de Audh, de Allahabad, de Mirzapur, de Benares, de Ghazipur, de Patra, de Radjahahala y forma en Bengala un inmenso delta compuesto de un crecido número de ramales; de ellos los principales son: el Hugli, que confunde sus aguas con las del Brahmaputra, que es navegable en todo tiempo y el Ganges propiamente dicho. Las aguas del Hugli son mas sagradas aun que las de los otros ramales del rio para los brahminos. Los sacerdotes de Brahma juran por sus aguas ante los tribunales, como los musulmanes por el Coran y los católicos por el Evangelio. En otros tiempos muchos indios se precipitaban voluntariamente en el rio para darse la muerte: hoy que todo degenera, aunque no se haya abandonado del todo esta costumbre, solo se conserva sin embargo, entre los adeptos de ciertas sectas fanáticas; pero el rio es objeto aun de muchas prácticas religiosas que parecen ser indestructibles.



Las abluciones en las orillas del Ganges.



Margenes del Hugi, cerca de Calcuta.

M

EULALIA

POR M. E. ABOUT.

(Continuacion.)

Esta es la historia de todos los maridos jóvenes. El día en que reclinan su cabeza en la almohada conyugal, notan con grato asombro que nunca habían dormido tranquilamente.

El conde besó con ternura las dos manos de Eulalia y la dijo:

— Sí, me amas y nadie me amó nunca como tú. Me arrebatas á un mundo nuevo lleno de delicias y de placeres sin remordimiento. Ignoro si te he salvado la vida, pero sé muy bien que has pagado tu deuda abriendo mis ojos ciegos á la santa luz del amor. Amémonos, Eulalia. Dios que nos ha unido en matrimonio verá con regocijo que somos dichosos. Olvidemos la tierra entera para amarnos, cerremos el oído á todos los ruidos del mundo que vengan de París ó de la China. Hé aquí el paraíso terrestre, vivamos en él para nosotros solos.

— Vivamos para nosotros, contestó la joven, y para aquellos que nos aman. Yo no sería dichosa si no estuviera en compañía de nuestra madre y nuestro hijo. ¡Ah! á estos sí les amé descaradamente desde el primer día. Cómo se parecen á vos, amigo mio. Cuando el niño juega en el jardín, me parece que veo vuestra sonrisa por la yerba. ¡Qué felicidad haberle adoptado! ¿No es verdad que esa mujer no me le quitará nunca? La ley me le ha dado para siempre, es mi heredero, mi hijo único.

— No, Eulalia, es tu hijo primogénito.

Eulalia extendió los brazos hácia su esposo, le enlazó las manos en torno del cuello, le llevó hácia ella y puso la boca sobre sus labios. Pero la emoción de este primer beso fué mas fuerte que la pobre convaleciente; sus ojos se velaron y todo su cuerpo se inclinó; cuando volvió en sí de este sacudimiento entró en la casa del brazo de su marido. Se apoyaba en él como un niño que da sus primeros pasos.

— Ya veis, le dijo, que estoy bien débil aun á pesar de las apariencias. Me creía robusta y un soplo de felicidad me rinde. No me digais palabras muy dulces, no me hagais muy dichosa hasta que esté salvada. ¡Sería muy triste morir cuando comienza tal vida! Ahora apresurará mi curación por cuantos medios estén en mi mano. Ahora volved al salón, yo corro á esconderme en mi aposento; hasta mañana, amigo mio, os amo.

Y subió á su habitación y se tendió en su cama conmovida y confusa. Un punto luminoso que brillaba en un rincón fijó su vista; era la llama de la lamparilla que se reflejaba en un pequeño globo del iodómetro.

Eulalia bendijo aquel aparato que la había devuelto la vida y que debía devolverla sus fuerzas dentro de poco.

Entonces se le ocurrió la idea de apresurar su curación tomando una buena cantidad de iodo sin que lo supiese el médico. Dispuso el aparato, le acercó á su cama y bebió con avidez el vapor violado.

Se apresuraba con júbilo; no experimentaba ni repugnancia ni cansancio, aspiraba abundantemente la salud y la vida; se envanecía de probar al doctor que su prudencia había sido extremada, se complacía en una locura heroica, y lo arriesgaba todo de una vez por amor á su marido.

No se supo ni qué cantidad de iodo había aspirado, ni cuánto tiempo había prolongado aquella fatal imprudencia.

Cuando la anciana condesa salió del salón para verla en su aposento, halló el aparato roto en el suelo y á la joven devorada por una fiebre horrorosa.

La cuidaron como pudieron hasta la llegada del doctor Le Bris que volvió á caballo á las doce de la noche. Todos los convidados se quedaron en la casa ansiando saber noticias de su salud.

El doctor se espantó al ver la agitación de Eulalia. Ignoraba si debía atribuirle al abuso del iodo ó á una emoción peligrosa.

La condesa acusaba secretamente al conde Dandolo, y el marido decía que él tenía la culpa.

A la otra mañana Le Bris reconoció en los pulmones una inflamación que podía causar la muerte.

Entonces llamó al doctor Delviniotis y á dos de sus compañeros; los médicos diferían sobre la causa del mal, pero ninguno se atrevió á responder de su curación. Le Bris había perdido la cabeza como un capitán de buque que tropieza con un banco de rocas á la entrada del puerto.

Delviniotis algo mas sosegado, aunque no podía menos de llorar, mostró tímidamente un rayo de esperanza.

— Quizá será una inflamación adhesiva que reunirá las cavernas y reparará todos los desórdenes causados por la enfermedad.

El doctor oía estas palabras meneando la cabeza. Equivalían á decir á un arquitecto:

— La casa que Vd. ha fabricado no está bien sentada, pero puede sobrevenir un terremoto que la ponga en equilibrio.

Todo el mundo opinaba que la enferma había entrado en una crisis, pero ni Delviniotis osaba afirmar que la crisis no se terminaría con la muerte.

Eulalia deliraba, y no reconocía á nadie.

En todos los hombres que se la acercaban creía ver á su marido; en todas las mujeres á la Chermidy. Sus palabras confusas eran una mezcla singular de ternura

ras y de imprecaciones. Pedía su hijo á cada instante, y así que se le presentaban le rechazaba con mal humor:

— No es ese, decía, traedme el hijo mayor, el hijo de la mujer; estoy segura de que se le ha llevado.

El niño comprendía vagamente el peligro en que se hallaba su madre, aunque no tuviese aun ninguna noción de la muerte. Veía llorar á todo el mundo y lloraba también dando gritos.

Entonces se pudo conocer cuán amada era Eulalia de todos los que se reunían á su lado. Durante ocho días los amigos de la casa vivieron acampados en su derredor, acostándose como podían, comiendo lo que encontraban, ocupados siempre de la enferma, nunca de sí mismos. Los dos facultativos se hallaban encadenados á la cabecera de Eulalia.

El capitán Bretignieres estaba fuera de sí; daba vueltas y mas vueltas por la casa, metiendo ruido con su pata de palo. Steveas abandonó sus negocios, su tribunal y sus costumbres. La señora de Vitre se hizo enfermera bajo las órdenes de la condesa. Los dos Dandolo corrían mañana y tarde por la ciudad buscando médicos que no sabían que decir y medicamentos que no servían para nada.

El pueblo de las cercanías estaba en la ansiedad; las noticias sobre la salud de Eulalia circulaban por todas las habitaciones de aquellos contornos, y de todas partes llegaban los remedios de familia, las panaceas secretas que se transmiten de padre en hijo.

El conde y Gaston de Vitre se hallaban sumergidos en un dolor que tenía muchos puntos de analogía. Parecían ser los hermanos de la moribunda. Uno y otro se aislaban, sentándose bajo un árbol ó en las arenas de la playa, entregados á una desesperación sombría.

Si el conde hubiera podido pensar en tener celos, no hay duda que se los habría inspirado la conducta de aquel joven. Pero cada una de aquellas personas se hallaba bastante ocupada con el peligro que corría la enferma para observar lo que pasaba á su lado.

Únicamente la señora de Vitre lanzaba de tiempo en tiempo una mirada de ansiedad á Gaston, y al instante corría al lecho de Eulalia como si un instinto secreto la advirtiera que aquello era trabajar por la salvación de su hijo.

La condesa viuda de Villanera pálida, descompuesta, desencajada, no lloraba mas que su hijo, pero se leía todo un poema de dolor en sus ojos extraviados. No hablaba á nadie, no veía á nadie y permitía á sus huéspedes que hicieran los honores de la casa. Se consagraba encarnizadamente á la curación de Eulalia; toda su alma luchaba contra el peligro con una voluntad de hierro.

En cambio la fisonomía de Mateo Mantoux estaba radiante. Como todos los amos se disputaban la tarea de los criados, aquel buen servidor se adjudicaba los ocios de un amo. Informábase todas las mañanas de la salud de Eulalia con la idea de saber si podría disfrutar en breve de sus 1,200 francos de renta. Atribuía la muerte de su señorita al vaso de agua con azúcar que él la había preparado todas las noches, y se decía y se repetía con júbilo que todo se alcanza en el mundo con paciencia. A las doce almorzaba por segunda vez, y luego se paseaba un par de horas junto á la casa y hacienda cuya adquisición se había propuesto hacer en cuanto fuera rico. Notaba que los cercados tenían muchas brechas, y pensaba reforzarlos con un enverjado por temor de los ladrones.

El 6 de setiembre Delviniotis había perdido sus esperanzas.

Mateo Mantoux lo supo y escribió una carta á Francisca.

El mismo día el doctor Le Bris dirigió estos renglones al señor duque de la Torre de Embleuse:

« Señor duque:

» No me atrevo á llamaros á su lado. Cuando recibais esta carta habrá fallecido. Cuidado con la señora duquesa. »

XI.

LA VIUDA CHERMIDY.

La carta de Mantoux y la promesa formal de la muerte de Eulalia llegaron el 12 de setiembre á casa de la Chermidy.

La hermosa arlesiana había perdido la esperanza y la paciencia.

No la escribían de Corfu; estaba sin noticias de su amante y de su hijo; el doctor, ocupado en atenciones mas urgentes, no la había felicitado por su viudez. Ya principiaba á dudar de Villanera; se comparaba á Calipso, á Medea, á la rubia Ariana y á todas las abandonadas de la fábula, y solía sorprenderse al ver que su despecho terminaba por lo regular con arrebatos amorosos.

El recuerdo de los tres años que había pasado con el conde no se había borrado de su memoria. Decíase que había hecho mal en no acostumbrarle á una felicidad ardiente, en no haberle matado á fuerza de ternura.

— La culpa de todo la tengo yo, decía; le hice cobrar el hábito de privarse de mí; si hubiera sabido gobernarle, yo sería la necesidad de su vida, y con hacer ahora una señal, dejaría á su mujer y á su madre, lo dejaría todo.

A veces se preguntaba si la ausencia no la era perjudicial en el espíritu del conde. Meditaba profundamente el dicho vulgar: « A muertos y á idos... » Pensaba en

embarcarse para las islas Jónicas, en caer como una bomba en la casa de su amante, y recobrarle luchando abiertamente.

Con un cuarto de hora creía tener lo suficiente para reanimar un fuego mal apagado y reanudar una costumbre interrumpida. Veíase delante de la condesa y de Eulalia, y dominándolas con su hermosura, su elocuencia y su voluntad. Tomaba á su hijo en sus brazos, huía con él, y la sonrisa del niño atraía al padre.

— ¿Quién sabe, se decía, si una escena bien representada no mataría á la enferma? Mujeres que disfrutan de la mejor salud se desmayan en el teatro. Un buen drama compuesto por mí la haría quizá desmayarse para siempre.

Un sentimiento mas humano y en ella menos verosímil la hacía deplorar la ausencia de su hijo. Era el fruto de sus entrañas, y al cabo y al fin sentía haberle abandonado en beneficio de otra. El amor materno se alberga en todas partes, es un huésped sin preocupaciones que sufre la vecindad de las pasiones mas perversas. Vive á su gusto en el corazón mas depravado y en el alma mas perdida. La Chermidy derramó algunas lágrimas de buena ley pensando que había enagenado la propiedad de su hijo y abdicado el nombre de madre.

Era desgraciada sinceramente. Solo en el teatro es un privilegio de la virtud el infortunio verdadero. No la habrían faltado por cierto las distracciones, pero sabía por experiencia que el placer ofrece pocos consuelos. Hacía mas de diez años que había llevado una vida agitada y alegre; pero ¿cómo pagó esta fiesta continua? con la paz del alma. No hay nada mas vacío, mas inquieto, mas miserable que la existencia de una mujer que por sistema se consagra á los placeres.

La ambición que la había sostenido despues de su boda la ofreció luego recursos muy escasos; era como una caña rajada que se quiebra cuando la toca el viajero. Su fortuna era bastante considerable para que tratara de aumentarla: hay poca diferencia entre un millón de renta ó la mitad; algunos caballos mas en las cuadras, algunos lacayos mas en las antecámaras no acrecientan casi nada la felicidad del amo.

Sin embargo, la habría distraído durante algun tiempo el presentarse con un nombre sonoro en la sociedad. Con frecuencia pensó en adquirir uno por vía legítima, y halló cincuenta en que escoger; en París hay siempre de venta buenos nombres. Pero tenía derecho para mostrarse escrupulosa, cuando había estado á punto de llamarse condesa de Villanera, y no se decidió.

Entre tanto tuvo el capricho de dar públicamente un sucesor al conde. Quizás vendría este á reclamar su bien cuando le viera en otras manos.

Pero temió suministrar armas á sus enemigos. Eulalia no estaba salvada aun, jugaba el todo por el todo, y no debía cerrarse la puerta del casamiento. Y luego, examinando bien á todos los que la rodeaban, no halló un hombre que valiera un capricho y que fuera digno de suceder por un día al conde. Los meritorios que penetraban en su casa no supieron jamás cuán cerca de la dicha habían estado.

En suma, para ocupar sus ocios no halló nada mejor que acabar la ruina moral del viejo duque, y cumplió la tarea que se había trazado con la atención minuciosa, el cuidado paciente, la perseverancia incansable de aquella sultana que en la ausencia del amo se entretuvo en arrancar una por una todas las plumas de un viejo loro.

Sin duda alguna habría preferido el poderse vengar directamente en la persona de Eulalia; pero Eulalia estaba lejos. Si la duquesa se hubiera encontrado á su alcance, también la habría elegido en lugar del duque. Pero la duquesa no salía de su cuarto mas que para ir á la iglesia, y allí no podía ir á buscarla.

Quizás habría sido fácil reducir á la miseria al matrimonio ducal; pero esta operación exigía tiempo; una vez en candelero, los duques recobraron el crédito perdido. La hermosa enemiga de la familia solo tenía al duque en sus garras y juró no soltarle sin que perdiera el juicio.

En los baños rusos, cuando el paciente sale de un sudadero ardiente, cuando su cuerpo se ha ido acostumbrando por grados á una temperatura excesiva, cuando el calor ha dilatado anchamente todos los poros de su piel, cuando una sangre precipitada circula por sus venas, y su rostro ha tomado el color de una rosa encarnada, le conducen suavemente bajo una llave de agua fría, y allí un caño de esta agua le cae sobre la cabeza y le deja helado hasta la medula de los huesos.

La Chermidy trató al duque por este sistema.

Dicen que á los rusos les aprovecha mucho; pero al duque le hizo mucho daño. Fué víctima de la coquetería mas odiosa que haya destrozado jamás el corazón de un hombre.

La Chermidy le persuadió que le amaba, Francisca se lo juró, y si se hubiera contentado con palabras habría sido el sexagenario mas dichoso de todo París. Gastaba diariamente tanta elocuencia y pasión, tantos raciocinios y ruegos, tanta lógica verdadera y falsa como reunió Rousseau en su *Nueva Heloisa*; todas las noches le despedían con las mas lisonjeras palabras.

El duque juraba no volver; empleaba una larga noche sin sueño en maldecir al autor de su suplicio, y al otro día corría á casa de su verdugo con una impaciencia senil. Toda su inteligencia, toda su voluntad, todos sus vicios se hallaban absorbidos y confundidos en aquella pasión única. No era ya ni marido, ni padre, ni hombre, ni duque: era el esclavo de la Chermidy.

La experiencia produjo tales resultados que desgraciado ó dichoso el pobre hombre debía sucumbir en

ella. Un suplicio prolongado le mataba lentamente; la gracia que pedía habría sido el último golpe.

Al fin de un estío de padecimientos cotidianos sus facultades intelectuales se perturbaron gravemente. Ya había perdido casi la memoria, ó cuando menos olvidaba todo lo que no era relativo á su amor. No se interesaba por nada, los negocios privados y públicos, su casa, su mujer, su hija, todo le era indiferente. La duquesa le cuidaba como á un niño cuando por casualidad se quedaba en casa; por desgracia no se había vuelto aun bastante niño para que pudiera encerrarle. Cuando recibió la carta del doctor Le Bris, la recorrió dos ó tres veces sin comprenderla. Si la duquesa hubiera estado allí se la habría entregado, pidiéndola su explicación. Pero rompió el sello á la puerta de la calle cuando salía para visitar á la Chermidy, y tenía bastante prisa para subir otra vez á su aposento.

A fuerza de leer y releer adivinó que se trataba de su hija. Se encogió de hombros y exclamó:

— Este doctor Le Bris es siempre el mismo. No sé qué tiene contra mi hija, la prueba que no debe morir es que disfruta de buena salud.

Sin embargo, reflexionó que podía decir la verdad el facultativo. Esta idea le espantó sobremanera.

— Sería una desgracia muy grande para nosotros, dijo, y seguía corriendo. Soy un padre inconsolable. No hay que perder tiempo, se lo diré á Honorina que tendrá compasión de mí, pues su corazón es excelente. Enjugará mis lágrimas, y ¿quién sabe?

Y se sonreía con estupidez al entrar en la sala.

Nunca la Chermidy había estado tan radiante y tan hermosa. Su rostro era un sol; el triunfo brillaba en sus ojos, su butaca se lucía como un trono, y su voz sonaba como una trompeta.

Se levantó al ver al duque; sus pies apenas tocaban á la alfombra, y su cabeza soberbia de júbilo parecía que llegaba al techo.

El anciano se detuvo atónito al verla transfigurada así. Pronunció algunas palabras ininteligibles y se dejó caer sin sentido en un sillón.

La Chermidy fué á sentarse á su lado.

— Buenos días, señor duque, le dijo; buenos días y adios!

El duque palideció y repitió maquinalmente:

— ¿Adios?

— Sí, ¡adios! ¿no me preguntais adónde voy?

— Sí.

— Voy á Corfu.

— ¡Ah! exclamó entonces; creo que mi hija ha muerto; acabo de recibir una carta del doctor en que me lo dice. Muy desgraciado soy, Honorina, deberíais tener lástima de mí.

— Sí, sois desgraciado y la duquesa también; y la madre del conde debe verter lágrimas negras sobre sus mejillas curtidas, pero yo me río, yo triunfo; ¡yo entiendo y me caso!... ¡Ha muerto!... Al fin ha pagado su deuda... Me devuelve lo que me arrebató... ¡Entro de nuevo en posesión de mi amante y de mi hijo!... ¿Por qué me mirais con esos ojos? ¿Se os figura que me violento? Bastante he devorado mi rabia durante ocho meses. Aquellos á quienes ofusca mi felicidad no tienen mas que cerrar los ojos.

Esta alegría desvergonzada devolvió al anciano un rayo de razón. Se levantó con firmeza y dijo á la viuda:

— ¿Estais loca? ¿Os regocijais delante de mí de la muerte de mi hija?

— Y vos, repuso ella con impudencia, ¿no os regocijábais con su vida? ¿Quién me traía noticias de su estado? ¿Quién venía á decirme en mi cara: Va mejor? ¿Quién me obligaba á leer sus cartas y las del doctor Le Bris? Hace ocho meses que me estais asesinando con su salud; bien podeis darme un cuarto de hora para que celebre su fallecimiento.

— Honorina, sois una mujer horrible.

— Soy lo que soy. Si vuestra hija hubiese vivido, como ha estado á punto de suceder, poco habrían con-temporizado conmigo. Se habrían paseado todas las tardes, y yo desde mi carruaje habría visto al conde y á mi hijo; ¡habrían tenido un palacio en París, y yo habría pasado delante de la puerta como una extraña!... ¿Y no quereis que me regocije?

— ¿De modo que amais aun al conde de Villanera?

— ¡Pobre duque! ¡Creeis que se olvida de la noche á la mañana á un hombre como el conde! ¿Creeis que se da á luz un niño como el mío para regalárselo á una tísica? ¿Admitis que haya deseado durante tanto tiempo la muerte de mi marido para no hacer nada de mi libertad? ¿Suponeis que Chermidy fué á morir á la China, para que yo quede viuda eternamente?

— ¿Os vais á casar con el conde de Villanera?

— Me lisonjeo de ello.

— ¿Y yo?

— Vos ireis á consolar á vuestra esposa; por ahí habría debido principiar.

— ¿Qué la diré, Honorina?

— Lo que querais, adios. Tengo que arreglar mis cosas. ¿Necesitais dinero?

El duque se encogió de hombros. La Chermidy prosiguió:

— Si os repugna nuestro dinero, está muy bien, no tendreis ya un ochavo.

El anciano se fue sin saber adonde, como un hombre ebrio. Anduvo hasta por la noche corriendo las calles de París, y á eso de las diez sintió que tenía hambre. Entonces tomó un coche para ir al club. Se hallaba tan cambiado que Sanglié fué el único que le reconoció.

— ¿Qué diablo teneis? le preguntó con asombro; sentaos y hablemos.

— Sí, sí, dijo el duque.

— ¿Cómo está la duquesa? Yo acabo de llegar del campo, y no he podido aun hacerla una visita.

— ¿Cómo está la duquesa?

— Sí, ¿cómo está de salud?

— Va á llorar mucho.

— Se ha vuelto loco, pensó el barón.

• El duque añadió sin cambiar de tono:

— Creo que ha muerto Eulalia, lo que ha regocijado mucho á la Chermidy. No he podido menos de decirselo, porque eso es horroroso.

— ¡Eulalia! vamos, amigo mío, pensad bien en lo que decís; ¿Eulalia, condesa de Villanera ha muerto?

— La condesa de Villanera es Honorina, que se va á casar con el conde. Tengo la carta en el bolsillo. ¿Qué pensais de la conducta de Honorina?

El barón leyó rápidamente la carta del facultativo.

— ¿Hace mucho tiempo que habeis recibido la noticia? preguntó al duque.

— Esta mañana cuando iba á casa de Honorina.

— ¿Y la duquesa sabe algo?

— No; ignoro cómo se lo he de decir... queria preguntár á Honorina...

— ¡Eh! ¡Vaya al diablo Honorina!

— Es lo que yo digo.

Llamaron al barón á la mesa de juego, pero respondió que estaba ocupado y que fuera otro en su lugar. Quería acabar la confesión, mas el duque le interrumpió diciendole:

— Tengo hambre, no he tomado nada hoy.

— ¿De veras?

— Sí, mandad que me traigan de comer. Y tambien será preciso que me presteis dinero.

— ¿Cómo? ¿no teneis?

— No tengo nada.

— ¿Pero no habeis recibido?

— Sí, recibí un millon y se le di á Honorina.

(Se continuará.)

El Jardín de Invierno.

(Véase la página 300)

Apenas hace diez años se levantó en París un edificio único en su clase, el Jardín de Invierno, un palacio de hierro colado y de cristal de una arquitectura elegantísima, destinado á abrigar en su seno todas las maravillas de la floricultura exótica, y ya el martillo de la demolición se prepara á destruir tan bello monumento. La empresa no dió los resultados pecuniarios que se esperaban, y la industria quiere aprovechar el terreno para la edificación de otras construcciones mas productivas. Sin embargo, antes de que desaparezca este jardín encantado que era uno de los principales adornos de los Campos Eliseos, vamos á dar aquí su descripción, que acompañada del dibujo correspondiente, quedará en las columnas ilustradas de nuestro periódico como una memoria de ese bonito monumento.

En menos de ocho meses la industria privada levantó ese invernáculo colosal de 40 metros de anchura, 100 de largo y unos 20 de altura, cuya construcción exigió una superficie cubierta de cristales de 20,000 metros cuadrados, 400,000 kilogramos de fundición y 175,000 de hierro. La suma gastada en esa obra gigantesca, que comprendía varios pisos superiores ó subterráneos, muchos anejos, almacenes, aparatos, etc., fué módica si se compara con la importancia del resultado. El Jardín de Invierno se halla situado en la avenida principal de los Campos Eliseos, entre el Rond-Point y la avenida Marbœuf. El peristilo forma un hemicírculo de vastas proporciones; despues de haberle atravesado se pasa por un salón largo destinado á las exposiciones de objetos de arte, á cuya extremidad hay una ancha escalera de quince ó diez ocho gradas por la cual se baja al jardín.

El aspecto que presenta á primera vista cautiva de tal modo la atención por su hermoso conjunto, que se necesita un tiempo mas ó menos largo para principiar á ver sus numerosos primores de detalle. Podría compararse la disposición y el plano general del edificio á los de una iglesia gótica con su nave y su crucero, pero vista al revés, y en la cual se entrara no por la puerta ordinaria, sino por la extremidad del coro. El peristilo alto donde se detiene el visitante para contemplar ese maravilloso templo de Flora figura bastante bien el fondo de la iglesia. El crucero está representado por el óvalo largo que llaman la *rotonda*, y que pasa diez metros á cada lado la anchura media del jardín que es de cuarenta. Por lo demas el palacio tiene todas las dimensiones imponentes de una catedral; tiene casi su anchura, y en fin, para complemento de analogía, una galería superior de una ligereza aérea sobrecargada de arbustos en flor reina á 30 piés del suelo por todo el largo de las paredes del edificio, como esas balaustradas caladas que se admiran sobrepuestas á los pilares en los templos antiguos. Y no solo recuerda el arte cristiano, sino tambien el arte babilónico; pues esa galería suspendida trae en mientes los jardines de Simiramis. Esbeltas columnillas fijen sostenerla, y uno se pregunta en virtud de qué milagro de estática puede mantenerse así con todo su peso adherente á las paredes de cristal.

Hay una modificación del tipo tradicional de la arquitectura cristiana, que consiste en suprimir la línea recta y rectangular sustituyéndola con la curva, modificación acertada que neutraliza la severidad del modelo. El peristilo, que describe una vasta parábola, se prolonga en dos curvas altas que conducen entre dos hi-

leras de arbustos hasta la extremidad opuesta del jardín; aquí se renueva contorneando por una parte una cascada de agua caliente, y por otra una praderilla de un verde admirable que contiene una fuente con un surtidor de cincuenta piés de altura. Estas dos calles abrazan en su enlace todo el jardín propiamente dicho, donde se admiran mil detalles, mil sorpresas hortícolas ó artísticas. Aquí se ve una fuentequilla; mas allá una cascada; luego hay estatuas y jarrones; conchas marinas donde florecen islas de plantas acuáticas, llenas de pececillos de colores; jaulas donde los faisanes de la China y los mas bonitos pájaros de los trópicos ostentan la esmeralda, el oro y el topacio de su plumaje radiante. Ocho fuentes de M. Klagmann justifican la ya sólida reputación de este artista ingeniero. Son de zinc, pero sin duda alguna merecerian el honor del bronce ó del mármol.

Tambien existen dos hermosas chimeneas, estilo del Renacimiento, que llaman la atención. Sin embargo, eran poco necesarias como objetos de utilidad, pues el termómetro del Jardín de Invierno marcaba constantemente de diez á doce grados Reaumur, benigna atmósfera mantenida por las bocas de caloríferos alimentados como el agua termal de las cascadas y de las fuentes por dos calderas de vapor de la fuerza de veinticinco caballos que funcionaban secretamente en un laboratorio subterráneo.

En cuanto á la riqueza de la vegetación, todo lo que podriamos decir sería poco. Entre las cosas mas notables del Jardín se contaba el *araucaria excelsa*, huésped gigantesco que los invernáculos del Jardín de Plantas no podian contener, y que era preciso sacar á menos de permitir que su copa erguida atravesara la techumbre de su cárcel trasparente. El Jardín de Invierno que podía dar hospitalidad á los cedros del Líbano, compró por 10,000 francos el interesante refugiado víctima de su alta estatura. Tambien habia una colección de lataneros y de palmeras de lo mas brillante que puede verse en nuestros climas. En cácteos y en orquídeas, la colección no era menos importante; los directores del establecimiento pusieron á contribucion el Asia, el Africa y la América. Allí se veian la caña de azúcar, el árbol del café, el de la canela, el girofle, la vainilla, el palisandro, etc., etc. Dando una vuelta por el Jardín de Invierno se podian admirar las flores de las regiones boreales, australes, árticas y antárticas. El establecimiento poseia igualmente un surtido de rosagos que habia comprado á cien pesos cada uno. En cuanto á camelias y flores del país las habia por todas partes. En suma, el fondo del Jardín en horticultura representaba un valor permanente de sesenta mil pesos, esto sin contar las sumas destinadas al comercio de flores y arbustos que variaba segun la importancia de las ventas.

El establecimiento cuenta, como antes hemos dicho, muchos anejos. Sin salir de él podian satisfacerse todas las exigencias y la mayor parte de los goces de la vida. Tenia un gabinete de lectura, una fonda, un café y una pastelería. En el salón que precede la entrada del Jardín habia exposiciones de cuadros y de objetos de arte, y allí se daban bailes en el invierno; sobre ese salón habia otro destinado á los conciertos. Por último, habia salones de conversacion, de juego y de trabajo, etc., etc.

Tal es, hecha á la ligera, la descripción de este bonito jardín que nadie ha dejado de ver sin admiración, y que á la hora en que se lean estas líneas solo existira en la memoria de los que le han visto.

Recuerdos de la condesa Dorá de Istria.

I.

EL TESSINO.

Una cordillera inmensa de montañas separa la Suiza italiana del resto de la Confederación. Esta tierra destinada á ser el teatro de luchas sangrientas, parecia estar preservada de los ataques de los intrépidos montañeses que habian vencido á la casa de Austria en los campos de batalla de Morgarten y de Sempach. El Sphigen, el Bernardino, el San Godardo, forman desde las altas mesetas del Engadina, hasta los ventisqueros del Oberland benense, una muralla de nieves eternas y de rocas colosales que no espantaron á los pastores de Schwytz y de Unterwalden. Los gritos roncós de la *vaca* de Uri resonaron un dia bajo los muros de Bellinzona, y los alcaldes de los cantones primitivos dominaron las márgenes deliciosas del lago Mayor y del lago de Lugano.

No todos los viajeros tienen la resolución de aquellos hombres que derramaron su sangre en la llanura de Arbedo. Atravesar el San Godardo ó el Bernardino parece una excursion peligrosa á los viajeros pacíficos que consideran una correría á los ventisqueros de Gruidolwald ó de Rosenlani como una fatiga extraordinaria. ¡Y no obstante, qué espectáculos les esperan en las orillas de los lagos italianos donde les magnificencias de la naturaleza meridional se confunden con los severos aspectos de las regiones alpestres! Despues de haber admirado en Thun, en Interlaken y en el Ausli los Alpes en toda su grandeza, se hallan aquí otros encantos que cautivan la imaginación.

Cuando se bajan las mesetas heladas del Bernardino, se descubren las ricas llanuras del lago Levantina, cubiertas en verano de pámpanos y de enredaderas, de

maiz y de florecillas de toda clase, y donde el olivo inclina su copa graciosa sobre unos lagos transparentes; ni el mismo invierno puede arrebatarse al paisaje todos sus hechizos. El invierno no es aquí esa estación implacable que cubre la naturaleza con un manto de luto, que ahuyenta de los bosques a los pajarillos, que mata las plantas mas vigorosas, que hiela la sangre de nuestras venas; aquí el invierno conserva gracias y sonrisas como una mujer cuya sólida hermosura desafía las injurias del tiempo: la luz conserva constantemente su alegre brillo y resplandece en matices rosados sobre las cumbres nevadas de los picos mas elevados.

El cierzo de diciembre apenas logra marchitar la co-

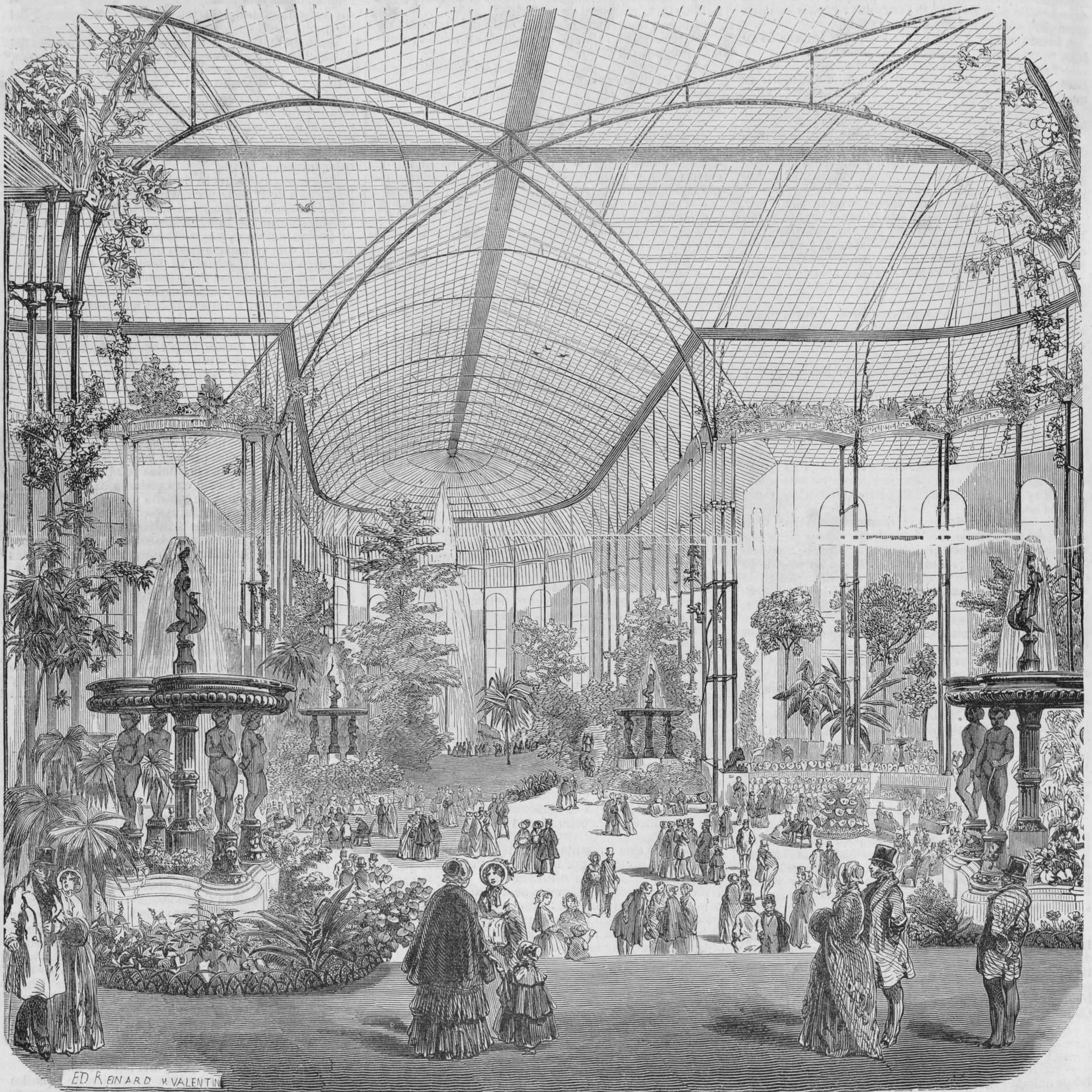
rola de las flores. Las primaveras de un oro pálido, las margaritas plateadas brillan al lado del cáliz de alabastro del élboro de los inviernos que alfombra las cuestas majestuosas del San Salvador. ¡Dichosos esos países de la luz, donde las brumas del invierno se extienden por las montañas con risueños colores, y donde la humanidad posee todavía esa adolescencia cuyo cuadro seductor trataron los poetas griegos! Para vuestros habitantes privilegiados la vida pierde sus rigores, el porvenir es menos sombrío, y el alma se halla libre de presentimientos siniestros.

Estas reflexiones se agolpaban á mi espíritu una tarde que contemplaba en la huerta elevada de la fonda

del Parque, la puesta del sol sobre el lago de Lugano.

Masas de niebla se acumulaban desde por la mañana en las montañas, y se esparcían en anchas zonas vaporosas y blandamente flotantes por el lago, por las cuestas del monte Bré y por la bonita aldea de Castagnola. La naturaleza parecia estar como adormecida entre aquellos velos de gasa que disimulaban graciosamente los picos de los peñascos, y solo dejaban caer sobre las aguas un resplandor vago y dudoso.

De repente á la hora en que el sol se oculta detrás de las cumbres del Salvador, un rayo extraviado iluminó la altura del monte Caprino. Las nubes súbitamente desgarradas sobre la cuesta del Salvador flotaron en el



Interior del Jardin de Invierno, en Paris.

espacio como una gasa luminosa, y unos tonos muy vivos platearon las montañas que rodean el lago como un vasto canastillo granítico. El rayo victorioso atravesando la bruma que velaba el lago y dejando en una densa sombra las alturas y la falda del monte Bré, alumbró con colores ardientes el campanario de Castagnola y las blancas casitas deseminadas por las vertientes de la montaña. ¿No podia tomarse aquella luz repentina que coloreaba los tristes vapores de enero y que surgia como una claridad sobrenatural en la frente tenebrosa de los montes, por una imágen viva de la rapidez de las

alegrías humanas? Es un rayo que se abre camino en el seno de las tinieblas de la existencia, un relámpago que hace resplandecer la juventud entre las lágrimas de la infancia y los desengaños amargos de la vejez, y que se apaga sobre una tumba que cubre en breve el musgo frio de los inviernos.

II.

Lugano forma un anfiteatro en torno del lago de este nombre, que llaman tambien *Lago-Seresio*. Es un pue-

blo de un aspecto antiguo, de calles estrechas y tortuosas, de negras galerías y casas de un carácter de la edad media bastante pronunciado.

Pero la luz del Mediodia es como la poesia;
Convierte en oro todo lo que toca.

Cuando un rayo de sol penetra en ese pueblo sombrío, se creeria que las habitaciones se trasfiguran como una fisonomía ingrata que se ilumina con el fuego interior de la inteligencia. Yo no podia admirar palacios mas

hermosos bajo el cielo pardo del Norte. Diríase que el liquen quiere roer cada piedra, que el musgo húmedo subiendo por los cimientos los envuelve en un manto de hielo, que las tinieblas y el humo aumentan su aire lúgubre. Lugano no tiene nada de este aspecto, y aun puedo decir que esta población vista desde la falda del Salvador demuestra cierta apariencia de coquetería. De allí se distingue á la entrada el antiguo convento de la *Madona de los Angeles*, convertido hace algunos años en la fonda del Parque, cuya posición es verdaderamente encantadora, y cuyo huerto montaraz parece estar coronado por la casa Eudlerlin. Despues de la fonda del Parque se extienden en semi-círculo á la orilla de las aguas la casa Poncini, el palacio cívico, el teatro, el *palazzo Riva*, el establecimiento de los baños, y Lugano con-



Antiguo convento de la Madona de los Angeles, hoy fonda del Parque, en Lugano.

cluye graciosamente con la *villa* y los jardines del señor Ciani. En segundo y tercer término se alzan como minaretes las torres de *Santa Maria degli Angeli*, de *San Lorenzo*, *Santa Marta*, *San Carlo* y *San Antonio*.

Lugano era en otro tiempo un pueblo esencialmente monástico. El monasterio de la *Madonna degli Angeli* era seguramente uno de los mas hermosos, y al darle el destino que hoy tiene se han respetado sus partes principales y sobre todo los claustros del antiguo edificio. Nada mas imponente que el espectáculo de sus altos arcos alumbrados por la luna; las sombras que allí se proyectan hacen creer á veces que los franciscanos salen de sus frios sepulcros para ir á maitines. La ilusión es completa cuando se oye la campana de la iglesia á media noche. Sobre el vasto patio que rodean los

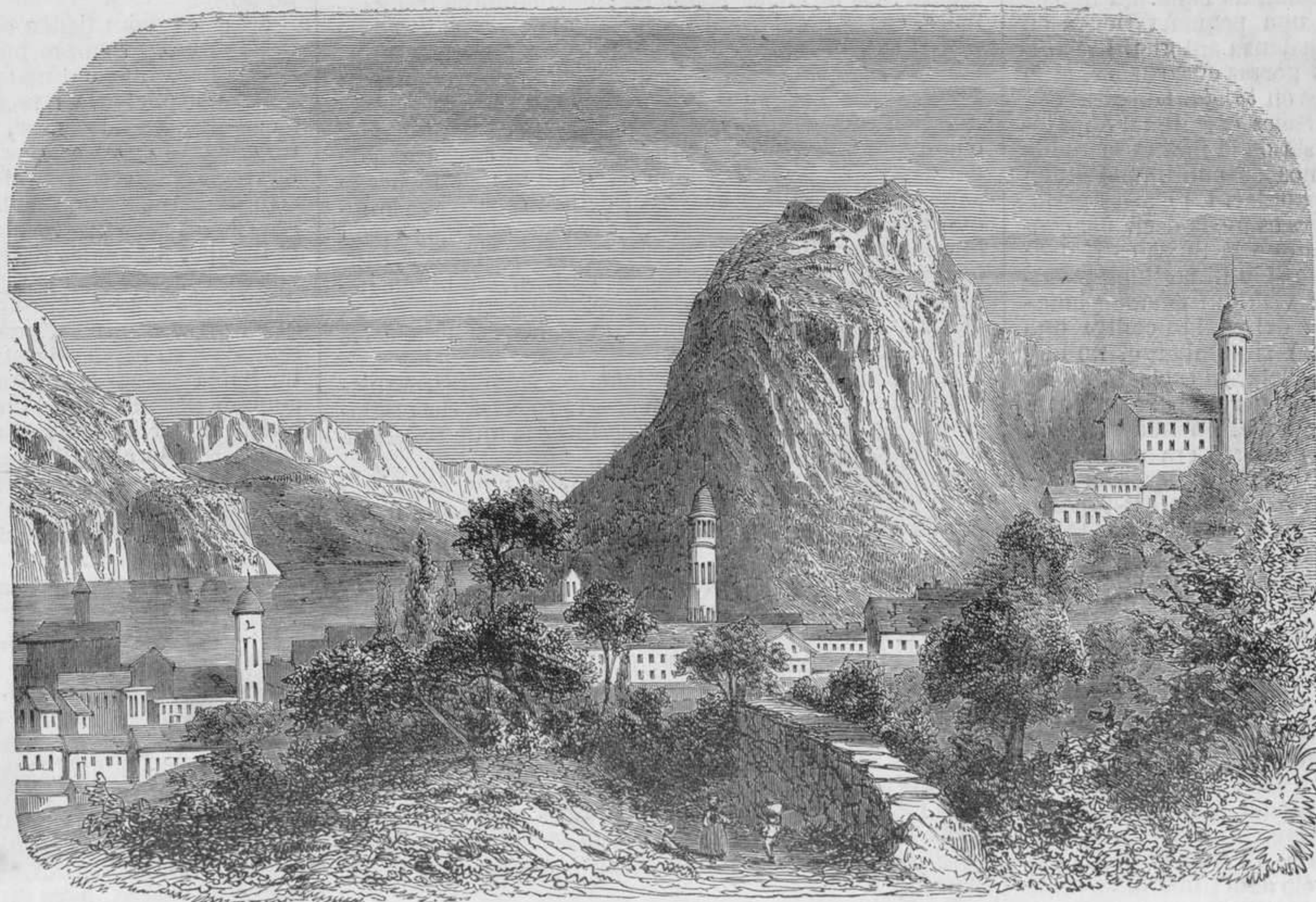


Cascada de Calcaggia.



Posada en Lacharno.

claustrasse ve una bóveda azul sembrada de estrellas resplandecientes, cuya hermosura invita á olvidar el descanso para disfrutar de esas noches meridionales y elevar nuestro corazón hácia el eterno arquitecto de los mundos. En medio de esta naturaleza radiante el ideal de la vida cristiana trasporta la imaginación con un sincero entusiasmo. Parece que aquí los cielos no se hallan tan lejos de nosotros, que los espíritus puros bajan con los rayos de oro de las estrellas, y que en las alturas del Salvador quese destacan en las nubes como un altar gigantesco, se oyen esos conciertos de los serafines de que nos hablan los profetas de Jehová. En la triste atmósfera setentrional hay que hacer un esfuerzo de reflexión para recordar toda la grandeza del amor de Dios á sus criaturas, tan amargas son las ideas que el espectáculo de las cosas visibles vierte en el alma; aquí



El Salvador y el lago Cerisio.

ese cielo risueño, esas estrellas que derraman la luz con tanta generosidad, esas brisas tibias casi siempre, ese lago con matices de plata, oro y azul, todo habla de paz, de misericordia y de perdón.

Vosotros los desgraciados que dudais de la bondad de Dios, venid conmigo al jardín de la *Madona de los Angeles* á presenciar la salida del sol.

Apenas el astro del día asoma por la cumbre del monte Caprino, arroja sobre el lago un surco de luz que corre por las ondas é ilumina las casas pintadas, agrupadas en la falda del monte Salvador. Luego el rayo inmenso, como si se replegara sobre sí mismo, forma en medio de las aguas un escudo de oro entre el Salvador y la blanca aldea de Campiglioni. El vasto círculo se destaca deslumbrador sobre las olas de un azul sombrío en tanto que los vapores de la mañana ruedan en ban-

das cenicientas á los piés del monte Caprino. En vano quiere el ojo fijarse en aquella parte del lago donde el sol se refleja. Diríase que el astro es doble, que brilla al mismo tiempo en los cielos y en las ondas. Sin embargo, poco á poco la claridad resplandeciente se alarga hacia la orilla, y su color pasa de los tonos vivos del oro puro á los matices plateados mas suaves. La mirada lejos de deslumbrar entonces con el reflejo demasiado ardiente, cuenta cada ola de sombra y de luz. En efecto, si el centro de la superficie de plata que brilla á lo largo del Salvador está inundado de luz, esta se disuelve en sus extremidades en tonos armoniosos entre el azul del lago, que parece estar cubierto allí con una armadura cuyas escamas serian casi alternativamente oscuras y brillantes.

III.

UN BAILE EN PONTE-TRESA.

Las inmediaciones de Lugano ofrecen una gran variedad de los paisajes mas bonitos de Italia. Deseando yo contemplar algunos de ellos me resolví á marchar á Ponte-Tresa donde tendria ocasion de ver un baile de carnaval al aire libre, funcion á que acuden muchos aldeanos de las cercanías.

El camino que conduce de Lugano á la frontera lombarda es muy hermoso. Primero dejé á la derecha el pequeño lago de Muzzano abrigado por las colinas. Este lago es de una forma regular, en tanto que el *lago Sersio* recuerda por sus muchos golfos el lago de los Cuatro Cantones. Sin embargo, hay que tener en cuenta la diferencia de aspecto que produce la diversidad de los climas. Aquí sobre las últimas cuestas de las montañas al abrigo del árbol de Minerva se extienden las gruesas hojas de las pitas, y las viñas se mezclan con los plátanos, las moreras y los cipreses.

De la blanca aldea de Agno que no está lejos del lago de Muzzano, á Ponte-Tresa, la rica naturaleza del Mediodía hechiza constantemente los ojos. Yo llevaba mi vista desde el camino á las aguas transparentes del *lago Sersio* del que nos alejamos un instante, hallando después un golfo profundo en Ponte-Tresa, golfo que entra tanto en las tierras que parece estar aislado del lago.

Ponte-Tresa debe su nombre á un puente situado sobre el Tresa que separa aquí la Confederación de los Estados de Su Majestad Apostólica. Por eso al otro extremo del puente se distingue una puerta sólida donde se ve el águila de dos cabezas, símbolo singular de la rapacidad implacable que comparé involuntariamente con la cruz de plata de los confederados, cuya vista inspira por el contrario ideas de libertad y de fraternidad evangélica. Por lo demás, no parece que el símbolo en cuestion inspire mucho miedo á los de Ponte-Tresa, pues vi en las paredes del pueblo al lado de: *Viva il popolo!* algunas caricaturas poco respetuosas para el ejército del reino lombardo-veneto, cuyas avanzadas se muestran en la otra orilla del Tresa. Todo eso significa cuán grande es el amor á la independencia que profesa ese pueblo; la palabra libertad resuena á cada instante en las fiestas del Tessino; ella constituye toda la alegría de esa gente contenta porque vive con ese sentimiento bajo un cielo hermoso en medio de una naturaleza risueña.

Ese sentimiento vi pintado en los rostros de los aldeanos de *Ponte-Tresa* el día en que llegué á la aldea. Era el lunes de carnestolendas, en febrero; el tiempo estaba magnífico.

La plaza mayor servia de salon de baile. En uno de sus extremos habian alzado una pequeña tienda en cuyo fondo se veía pintada una danza antigua. Los músicos adornados con soberbias gorras encarnadas, eran unos mozos del lugar reunidos en *banda*. Las casas con sus anchos balcones y sus portales permitian á las jóvenes que disfrutaban de la vista de la fiesta esperando á los bailarines. No pude menos de admirar el orden que reinaba en aquella fiesta popular. En ciertos periódicos que se llaman *conservadores* es moda declamar contra los *accesos demagógicos* de que la Suiza es teatro; por mi parte afirmo que me ha sido imposible presenciar el mas leve motín, no he visto un ademán amenazador hecho por un hombre del pueblo contra una persona de condicion superior. Y sin embargo, no hay aquí ejército permanente, ni policía, ni espías...

La ley solo estaba representada por una alabarda que llevaban en la mano los jóvenes de la banda que iban á invitar á las mujeres. Esta alabarda era en la edad media el arma nacional de los confederados; con ella pelearon en Morgarten y Nefels contra la aristocracia austriaca, en Santiago contra los caballeros de Francia, en Granson y Morat contra los nobles de la Borgoña. Zwingli la tenia en Cappello cuando marchaba contra los soldados de Roma. Es pues, un símbolo admirablemente elegido para representar la independencia de la patria y la energía con que sabrá siempre la Confederación mantener el orden y la paz en su propio territorio. Cuando una madre habia confiado su hija á uno de los jóvenes que llevaban el arma simbólica, parecia que la habia colocado bajo la proteccion de la ley, y que ya no tenia que pensar en ella. No se necesitaba apelar á otro recurso para mantener el orden, pues la fiesta era tan pacífica como alegre.

Todo contribuía á hermosarla. El cielo de Italia extendia sobre las cabezas un velo azul; una brisa tibía circulaba en la plaza; el Tresa bullicioso, mezclaba su murmullo con las voces de la muchedumbre que rodea-

ba mi carruaje con la familiaridad sin grosería que caracteriza á la raza latina y al pueblo helvético. Me parecia que estaba bien lejos del mundo que se da el título de *sociedad civilizada*; creia oír á lo lejos un eco que repetia los acentos de la flauta de los pastores cantados por Teócrito, y necesitaba arrojar de cuando en cuando una mirada hacia la puerta sombría que cerraba la frontera austriaca para recordar que estaba en el siglo XIX muy lejos del reinado de la libertad primitiva.

CONDESA DORA DE ISTRIA.

Aquisgran.

CARTA DE FERNAN CABALLERO Á SU MEJOR AMIGA.

Desde que se sale de Bélgica y se entra en Prusia parece que la naturaleza se agranda y se ensancha. Creíase que la cercanía del Rhin con sus magnas ruinas y sus poéticas y viejas leyendas forma una atmósfera impregnada de emanaciones de cosas grandiosas pasadas, como la que se respira en una vasta biblioteca de libros antiguos.

La mente presente el heroico país de los Burggraves y el domicilio de aquel rey que con tan justo título denominó la historia el *Magno*. Las bellas é inútiles ruinas reemplazan á las feas y útiles fábricas: los bosques á los jardines; á la falange de operarios la hermosa, erigida y bien disciplinada tropa. Allí, á la sombra de Carlo Magno, se oye el grito tan simpático á los españoles de: *viva el Rey!*

Antes de proseguir y entre paréntesis te traduciré una cancioncita popular que aprendí allí:

EL SOLDADO HERIDO.

Ayudadme, buenas gentes, á bajar de este carro, mirad que estoy muy débil; llevo el brazo vendado, agarradme con tiento, sobre todo no me quebreis mi frasco, si no quereis que salga de fino: mi frasco es mi mayor tesoro, pues en él ha bebido mi rey.

El rey estaba entre vuestras filas, yo contemplaba su rostro. Las balas llovian sobre nosotros, y él impasible no se movió. Conoci que tenia sed; cobré ánimo y le ofrecí mi frasco, y él... ¡él bebió en mi pobre frasco!

Y me dió una palmada en el hombro y me dijo: «¡gracias, amigo! Tu bebida me ha refrigerado, te agradezco tu buena intencion!» Estas palabras me regocijaron mucho: camaradas, grité: ¿quién de vosotros puede jactarse de poseer un frasco como este?... Mi rey ha bebido en él.

Nadie me arrancará este frasco, que es mi mayor tesoro, y si muero, ponedlo á mi lado en la fosa y escribid encima:

«El que en esta silenciosa tumba descansa combatió en Leipzig; su mejor tesoro fué su frasco: ¡su rey habia bebido en él!»

Aquisgran se compone de dos distintas partes: la que cuenta siglos y la que cuenta solo dias; la bisabuela noble y digna á cuyos piés se sienta su linda nieta.

Las enormes ruinas que la rodean, fuertes, aunque caidas, soberbias, aunque vencidas, que el tiempo presente cubre con un tupido velo de yedra como para no mirarla cara á cara; aquella antigua muralla que asoma de cuando en cuando, entre árboles de ayer, una torre de seis siglos; aquel Carlo Magno de bronce que se vé en la plaza, imperecedero cual lo es su memoria, que está entretejido en cuanto pertenece á aquella ciudad: las leyendas populares, esas crónicas tradicionales, cuyos archivos al aire libre ni devora el incendio ni roe la polilla; esto con su catedral y casa-ayuntamiento, compónela diez veces centenaria matrona. La fuente Elisa con su cúpula redonda sostenida por columnas; sus columnatas á ambos lados para pasear cuando llueve; la calle nueva que lleva al camino de Borset, y que seria hermosa en Londres; el moderno teatro, que por fuera como por dentro es el mas bonito que yo he visto; la *Redoute* que brinda al baile; Tivoli que convida á helados; las innumerables músicas, cantantes y organistas ambulantes, la muchedumbre de banistas de todos países y categorías, esto compone la moderna y alegre ciudad, esta es la nieta que bulle á los piés de de su noble abuela.

Esta ciudad, como sabes, tiene tres nombres, Aquisgran, Aix-la-Chapelle y Aachen.—Te referiré sus etimologías: primero la histórica, después la que refiere la leyenda.

Dicen que un romano, de nombre *Granus*, descubrió estas fuente minerales, por lo cual recibieron el nombre de Aquisgranus, que dieron á la poblacion que allí se levantó.

La tradicion, empero, no conoce á semejante romano; lo que se sabe es que un *gespenst*, esto es, un duende ó espíritu llamado *Granus* se divertia en asustar y atormentar á todo el que se bañaba en aquellas grutas, envolviéndose y desapareciendo en el vapor del agua caliente. Un día, Pipino, padre de Carlo Magno, que aunque pequeño, era valiente, se fué á bañar allí después del sol puesto, que era la hora crítica. Vino el señor Granus y empezó á salpicar con agua al banista, pero Pipino, que no entendia de chicas, sacó su gran espada y lo mató. El agua entonces se llenó de sangre; pero clavando el rey la espada en tierra, la sangre desapareció.

En cuanto al nombre de Aachen, así cuenta su origen la tradicion:

Carlo Magno se enamoró de una mujer desconocida de un modo tan excesivo que no podia estar un momento separado de ella, de manera que habiendo muerto ella no quiso consentir el rey en que se enterrase, ni quiso moverse del lado del cadáver. Alarmada la corte, y temiendo fuese aquello cosa de hechizo, determinó el obispo á hablar al rey; pero hallándolo inflexible en su determinacion, se puso el prelado á examinar el cadáver y notó que tenia en la boca un anillo, lo que le pareció sospechoso, y se lo sacó. Al punto abandonó el rey al cadáver, y tomó tan entrañable afecto al obispo que no se quiso separar mas de él ni lo dejaba á sol ni á sombra. Entonces el obispo se confirmó en que estaba aquella poderosa atraccion en el anillo, y considerando lo peligroso que seria que cayese cual antes en malas manos, se fué á un lugar pantanoso y solitario, en el que abrió un hoyo en tierra y enterró el anillo. Pero el rey le tomó tanto cariño á aquel apartado lugar, que no quiso moverse de allí, donde permaneció suspirando y exclamando sin cesar ach! ach! que es en alemán una interjeccion de dolor que equivale á nuestro ¡ay! Esta es la raiz del nombre de Aachen. Pero prosigamos refiriendo la tradicion; pues son estas los dorados y vistosos adornos que engalanan los pergaminos de las cosas nobles y antiguas.

Viendo aquello propuso el obispo que, tanto para santificar aquel lugar como para bien del país y distraer al rey, se labrase en aquel lugar una iglesia. Así se hizo, y el rey deseó que se concluyese cuanto antes; pero como esto era difícil, el diablo, que en todo se mete, hasta en la construccion de una iglesia, apareció al rey y le dijo que le ayudaria á acabarla en un decir Satan, pero que habia de ser con una condicion; y preguntándole el rey cuál era esa condicion, contestó que queria el alma del primero que entrase en la iglesia después de concluida.— El rey convino, le dió su gran mano, y negoció concluido.

El diablo cumplió como hombre de bien, y no solo se concluyó en breve con su ayuda la hermosa catedral, sino que hasta las puertas de bronce del templo de Salomon trajo por aires para ella, y una de las cuales tiene un agujero redondo, que le hizo el dedo del diablo al trasladarlas, de que doy fe (esto es, del agujero).

Concluyese pues la iglesia, y el rey estaba de lo mas apurado por el cumplimiento de su palabra, con la que Carlo Magno no jugaba. Pero como el gran rey sabia mucho, engañó al diablo, y el primero que pisó la iglesia después de concluida fué una loba que echó el rey en ella.— Al diablo le dió tal rabia, que no pudiendo cargar con el alma de la loba, porque no la tenia, le hizo un agujero en el pecho y le arrancó el corazon, que se llevó. Al lado izquierdo de la puerta exterior se ve hoy día una gran loba con un agujero en el pecho. ¿No es por cierto un fenómeno que aquella loba haya resistido allí al tiempo, á las revoluciones y á la ilustracion? ¿No es esa loba que se mantiene allí firme enseñando los dientes un rasgo característico de la vieja Aquisgran? Mira tú como hasta las estatuas les sirve el mal genio para que no se metan con ellas.

Ahora bien: si alguno de los viajeros *humoristas* que nos favorecen viene en alguna de nuestras catedrales un objeto semejante, ¿qué diria? La ignorancia, la supersticion, el *deplorable atraso* les haria llenar muchos pliegos de papel.

Lejos, muy lejos estamos tú y yo de mirar con los ojos de los llamados ilustrados estos restos de candidas épocas, que pecaban por exceso de fe en nuestra triste era, en que esta primera de las virtudes religiosas y esta principal prerogativa de corazones sanos se ha casi extinguido.

Estas leyendas tienen todas un hermoso fondo de fe y una intencion siempre buena y moral, y la *intencion* es la que hace bueno ó malo el espíritu de las cosas.

Nuestro pueblo, tan recto y elevadamente ortodoxo en su sentir y en su pensar, demuestra esta alta verdad en uno de esos *ejemplos*, que unidos han creado un corazon ferviente y un entendimiento admirablemente comprensivo. Habia, cuenta, una buena y devota mujer que heredó de un pariente 13 cuadros viejos y oscurecidos por el tiempo, los cuales representaban el Apostolado. Colgolos en una habitacion escasa de luz, y cada dia rezaba devotamente á los doce apóstoles del Señor y al cuadro que formaba el trece, que, segun ella, creia que representaba á su divino Maestro. Pero era el caso que el pintor habia tenido la idea al pintarlo, de representar en aquel lienzo al discípulo traidor, figurado por el mal espíritu, por el diablo. ¿Rezábale, pues, la buena y sencilla cristiana al diablo cuando ante su imagen se arrodillaba? No.— Un ángel, fiel mensajero de nuestros corazones, recibia y llevaba á aquel á quien iban dirigidas las preces de un alma justa y filial. Lejos, pues, de nosotros el echar sobre estas candidas el anatema de *supersticion*, que significa dar culto á quien no se debe, puesto que en estas leyendas, por disparatadas que sean, siempre la intencion es buena, y nunca se da culto á quien no se debe.

Esta iglesia es en efecto hermosa, aunque parece pobre de adornos, á quien está acostumbrado á ver las iglesias de España. Su primera parte es completamente redonda; un óvalo saliente forma la capilla del altar mayor. En medio de la iglesia una enorme losa de mármol negro con esta sola inscripcion: «Carlo Magno» cubre la bóveda en que se halló el cuerpo del gran emperador sentado en un sillón de mármol blanco sin pulir, cubierto este de chapas, unas de oro y otras de plata sobre doradas que tenian relieves, y que se enseñan en el tesoro de la iglesia.

Descansaban los piés del rey sobre una losa como de dos varas y media que representaba el rapto de Proserpina en un soberbio bajo-relieve y que trajo Carlo Magno de Roma. Fué sacado de la bóveda el cuerpo y colocado en una urna de plata y oro, á excepcion de algunos huesos que se conservan en relicarios (1). Véase entre las alhajas del tesoro de la iglesia, y la mas notable entre estas es un busto del gran rey, de plata sobrepintada, del mismo tamaño del original, cuya persona tenia siete piés y dos pulgadas. Su cara es hermosa, y sus grandes ojos pardos tienen una expresion simpática de fuerza y de bondad unidas. Cuando se le quita la corona que le ciñe, que es de soberbias piedras preciosas sin abrillantar, y la misma que ciñó en vida, por una abertura cuadrada se ve el verdadero cráneo del rey, amarillento, pero fuerte. — Si ahora pensases, le dije mentalmente, tú que tanto pensastes y alcanzastes, ¿qué pensarías de los tiempos presentes? ¿Quién se reiría, tú de ellos, ó ellos de tí? — Y cuando ví su enorme brazo, añadí: Si llegan aquí tambien á echar abajo el templo que tu edificastes, no te estés así ocioso, sino levántate para protegerlo.

En un librito que llevo, y en el que están reproducidas y descritas, verás las demás alhajas que contiene el tesoro, sobresaliendo por su riqueza las regaladas por los reyes de España. — Solo haré ahora mención de la bocina ó cuerno de caza de Carlo Magno, formada de un coimillo de elefante que tiene dos piés de largo y seis pulgadas de diámetro, y cuelga de un cinturón de terciopelo carmesí, sobre el cual se ven en caracteres de oro sobrepuestos estas palabras alemanas: Dein-ein (tuyo uno): asimismo se veía la espada del gran monarca que ceñían los emperadores de Alemania en su coronación, y que les servía para armar caballeros (2).

Vese tambien una corona de oro artísticamente trabajada, enriquecida con perlas y zafiros que la reina María Stuarda regaló á la Virgen, como lo atestiguan el nombre y armas de dicha reina que en ella se ven, y la copa de que Leon III, papa, se sirvió cuando en presencia de Carlo Magno consagró la iglesia en honor de la Madre de Dios. La iglesia tiene un segundo cuerpo, y este una capilla en que hay unos magníficos cuadros; un Descendimiento, copia del famoso de Rubens, que está en Amberes, hecho por uno de sus mejores discípulos. Hay cuadros de Wan-Dick y de Alberto Dureró.

Entre la nave redonda de la iglesia y la ovalada del altar mayor se alza airoso y atrevido el coro, y en este se halla el órgano que regaló Josefina, primera emperatriz de los franceses. ¡Que completase la suave críolla la obra del gran Carlo Magno á mil años de intervalo!! Este gran monarca sellaba sus decretos con el pomo de su espada, y decía: estas son mis órdenes, y esta, añadia señalando á la hoja, es quien las hará respetar. Vasto en sus miras, dice un historiador, sencillo en la ejecucion, nadie poseyó en mas alto grado el arte de hacer grandes cosas con facilidad, y las mas difíciles con prontitud.

La música en la misa mayor de los domingos es muy buena, en ella cantan mujeres: todo es muy devoto, y se ven en la iglesia (lo que no sucede en España) tantos hombres como mujeres.

Los alrededores de Aquisgran, ó Aix-la-Chapelle, son preciosos, así como las vistas que ofrecen; en fin, tanto agradan, tanto se apega uno á estos sitios, que el bueno y gran Carlo Magno amó, que al alejarse de ellos exhala uno involuntariamente la misma exclamacion que le dió nombre: ¡Ay!!

Revista de la moda.

SUMARIO. — Revoluciones en el vestir. — Las levitas destronadas por los albornoces. — De las prendas en competencia con los albornoces árabes. — Su enumeracion. — De las telas de seda y de lana. — Dos trajes de baile. — De los tocados. — El sombrerito Duquesa de Alba. — La gorrita Douglas. — Un tocado Duquesa y un tocado Dalia. — Descripción del figurin de este número que representa un traje de soiré y otro de paseo.

Estamos presenciando una revolucion importante en el vestir. Las prendas ajustadas que se llamaban levitas están substituidas por manteletas muy largas y de mucho vuelo. El albornoz con capuchon y borlas tiene los honores de la moda para este invierno.

La moda se disfraza de árabe. Y sin embargo, se pretende que el albornoz nos viene de Inglaterra; así será, pero hay que advertir que los ingleses han traído el albornoz de la Crimea.

Hay albornoces de todas clases y estilos; los hay bonitos y feos, ordinarios y lujosos. El albornoz para ser elegante exige cierto corte, y que la tela sea escogida. No puede ser albornoz en toda la acepcion de la palabra; necesita estar modificado por el buen gusto parisiense.

El verdadero albornoz árabe se recoge sobre el hombro como el albornoz de los zuavos, y no todas las mujeres saben llevarle así. Algunas mantienen por detrás las dos puntas de su albornoz con un rico corchete de oro, de plata ó de pedrerías, que va colocado en medio de los hombros.

Se comprende que este albornoz sea una prenda excepcional y propia solo de una mujer elegantísima.

El albornoz me parece extraño sobre un traje muy hueco. No hay para qué añadir que todas las mujeres le llevan

en el dia, lo mismo las que son pequeñas y robustas que las altas y esbeltas. Y las que no llevan el albornoz árabe, usan prendas casi todas con capuchones; hé aquí los nombres de algunas. — «Zaira, Mosquetero, Trovador, Friolento y Princesa Carlota.»

La capita princesa Carlota está dedicada á la linda señora cuyo nombre lleva. Es de terciopelo negro con grandes mangas cubiertas de guarniciones de encaje de Chantilly representando como medallones de encaje. Una hermosa esclavina de encaje de Chantilly adorna el corpiño medio ajustado y cae sobre el talle. La orla forma un gran volante ricamente bordado. El estilo y la disposicion de los ornatos tienen un sello enteramente nuevo muy artístico.

El Zaira es un albornoz chal de terciopelo negro muy ancho y con un gran cuello; al rededor lleva un terciopelo escocés de 20 á 25 centímetros de altura: sobre el cuello que forma chal las bandas escocesas van á lo largo, lo que recuerda el estilo argelino.

Esta prenda es muy original. Va forrada de seda y orlada con un fleco. Cada punta lleva una borla árabe.

El Mosquetero justifica bien su nombre. Es ancho, sencillo, elegante, y se distingue sobre todo por una manga muy caprichosa, guarnecida de adornos de pasamanería.

El Friolento no podia tener otro nombre. Es una capa de una tela muy suave y abrigada llamada «lutra de lana,» de dos caras; el derecho es de un color negro, gris y castaño, y el revés está rayado de dos colores que recuerdan el interior de la capa. La forma del Friolento es muy confortable. La falda y las mangas son largas y de pliegues gruesos. Es la prenda de invierno por excelencia para los grandes frios y los viajes. El capuchon es muy bonito y se parece al de las aldeanas.

Viene despues el Trovador, de plumon de cisne. Hé ahí una tela recién inventada y que no tiene igual; parece una piel hecha con pluma. Se hace de fondo negro con rayas de color ó con motas tambien de color. La forma es muy ancha; la espalda describe anchos pliegues. Las mangas son muy voluminosas y flotan hasta abajo de la capa.

Pasemos ahora á las telas de seda.

Cuanto mas caras se ponen las sedas, mas lujo toman las proporciones de los vestidos. Las telas en boga son el muaré antiguo liso, las telas muy gruesas género acolchado, y los droguetes y redecillas ilustrados de mosaicos, pedrerías y chispas de seda de todos colores que formanuntuosos pliegues afollados muy elegantes. Tambien el raso superior está á la moda.

En cuanto á los vestidos con dibujos, los volantes están reemplazados por las quillas y las dobles faldas, hasta el dia en que los volantes recobren un nuevo favor. Los volantes no pueden desdeñarse mucho tiempo, visten perfectamente, y la prueba es que hay vestidos de tres volantes con efectos de ramitas de coral, color natural, ó con efectos de pedrerías sobre fondo liso. Esta columna de ramitas de coral ó de pedrerías ocupa el medio del paño y tiene como unos 40 cent. de anchura.

Las dos novedades mas notables de la estacion son estas: La una lleva dos volantes de raso sobre una falda gro de Tours. Los volantes son lisos y sobre los lados hay dos orillas ilustradas de terciopelo cincelado y bordado en relieve que forman subidos de falda.

El otro vestido es tambien de gro de Tours con efectos de florecillas de seda reunidas en ramilletes y representan do una falda con dos volantes lisos.

Las telas de seda y de lana se llevarán mucho tambien para trajes de medio vestir. La lana se llama actualmente terciopelo epinglé y terciopelo cincelado, y hay que confesar que los nombres no pueden ser mas adecuados.

El terciopelo epinglé de gruesas rayas es tambien rico y espléndido, sea cual fuere el aspecto con que se presente; unas veces es liso con reflejos sedosos y brillantes, otras tornasolado, otras tiene efectos de puntitos de seda de diversos colores, otras tiene estampados pintorescos.

El género escocés hace furor. Para adorno no hay nada mas en boga que la felpilla y el terciopelo.

Ya que hablo de los adornos á la orden del dia voy á pasar revista á los de pasamanería.

La pasamanería es el complemento indispensable de todo vestido, aun del mas sencillo, pues el vestido de mañana lleva tantos adornos como el de por la noche. Hay algunos de estos adornos puestos con tanta gracia que parecen obras artísticas. Los de relieve son los preferidos.

El fleco Luis XV tendrá mucha boga este invierno, porque es hermoso y muy adecuado á los ornatos de esa época. Se encuentran de todos colores. Elijámosle azul y negro y esmeralda y negro. Se compone de una larga borla estampada con dos perlas de pasamanería; la blanca es azul ó esmeralda segun el color del fleco Luis XV. Luego tiene dos hilos de musgo negro con seda retorcida azul ó esmeralda. El efecto de este fleco Luis XV es de una riqueza espléndida.

Los hay de 11 cent. y de 7; el primero se destina á la orla de las segundas faldas y al corpiño; el segundo es para las mangas.

El fleco Luis XV se repite tambien con un solo motivo de borla estampada y un hilillo de musgo. He visto uno color de castaña y negro que era admirable.

Con la pasamanería se hacen presillas y carteras á la húsar para los vestidos, que se colocan en alamares sobre el corpiño y en quillas sobre la falda. Se hacen tambien adornos mosqueteros con iguales presillas de musgo.

Por último, señalaré igualmente:

— Un fleco todo de musgo para vestido de muaré antiguo ó tela de seda con estampados de terciopelo.

— Las quillas de redecilla de musgo y otras quillas de palmas de musgo alternando con borlitas.

— Las quillas de terciopelo cortado con bordado de azabache representando mosaicos, arabescos, follajes, palmas, anillos enlazados llanos y un poco anchos, cuadrillos, etc.

— Los galones que llaman galones-cuerdas para forrar los albornoces de felpa y los vestidos de redecilla de lana.

El galon-cuerda se halla de todos colores. El cordon trenzado se encuentra en medio del galon, y por consiguiente forma relieve al borde del vestido.

Por fin citaré las borlas árabes para capas y albornoces que se hacen de alpaca, de tibet, de seda-musgo, de fleco, de perlas de seda ó de perlas de azabache y de colores.

Pero antes de dejar los vestidos y los adornos, hé aquí la descripción de dos prendidos de baile:

El primer vestido es de tul doble representando tres faldas sobrepuestas en un trasparente de raso blanco. Cada falda lleva abajo una blonda con entredos de blonda y á cada lado una pequeña cinta de raso blanco. Las tres faldas están recogidas á la Luis XV por un solo lado, y se redondean bajo unos ramilletes de flores delicadas y de collares de perlas.

El segundo vestido de baile es de terciopelo epinglé blanco y va cubierto de tul ilusion. Lleva dos faldas cortadas en basquiñas cuadradas, y cada una de ellas tiene un grueso rizado de tul ilusion con una pequeña blonda nieve. Entre los huecos de cada basquiña se abre un adorno de césped verde. Las basquiñas de las dos faldas forman oposicion. La primera falda va guarnecida al rededor con un fleco de césped verde que aparece y desaparece bajo las basquiñas.

Hé aquí para complemento de lo dicho algunos tocados:

El sombrerito Duquesa de Alba es una creacion deliciosa. Es un sombrero con un borde de terciopelo negro y un casco y un fondo formando como un afollado de encaje de Chantilly con florecillas.

Por un lado lleva dos anchas cintas de terciopelo negro con puntilla de encaje negro y retenidas por cinco rosas de cien hojas en forma de corona. Las rosas en progresion; por dentro dos rosas se pierden entre los encajes. Cintas de terciopelo negro,

— La gorrita Douglas de terciopelo escocés retenida por seis bandas de terciopelo negro. Por un lado una pluma blanca se arrolla en torno del terciopelo. La gorrita se pone un poco de lado y la pluma blanca cae sobre el hombro.

— El tocado Duquesa que lleva á un lado un bonito ramo de rosas mezcladas, que principia por una ancha rosa y termina por dos rosas blancas y amarillas con follaje empolvado. Una ancha trenza de terciopelo purpurino se adelanta en diadema sobre la frente y mantiene la rama de rosas por un lado, en tanto que por el otro cae una puntilla de blonda con anchos lazos de terciopelo purpurino.

— La redecilla de perlas blancas y terciopelo epinglé azul celeste con borlas de perlas blancas.

— El tocado Dalia de terciopelo negro con trenza de terciopelo negro ilustrada de franjas y puntitos de oro y flores de dalia.

Este mismo tocado se repite en terciopelo grosella con el mismo adorno dorado.

Concluyo con la descripción de nuestro figurin que representa dos trajes diferentes, uno de soiré y de comida de etiqueta y otro de paseo.

El primero se compone de un vestido de muaré antiguo liso gris tórtola adornado á cada lado de la falda con puntas en pirámide. Estas se hallan formadas por un hermoso bordado al pasado ejecutado en seda retorcida sobre la misma tela y llevan su feston. Corpiño escotado con punta por delante y por detrás. Fichú de la misma tela con rico bordado, y que sigue la escotadura del corpiño y cae en largas puntas cruzadas sobre el pecho. Mangas cortas y casi aplastadas bordadas y ribeteadas con feston. Ramillete de geranio encarnado sobre el delantero del corpiño. Tocado de bandós dobles y huecos; collar y brazaletes de coral, abanico de laca de China y guantes blancos.

El segundo vestido es de tafetan azul con dos faldas.

La segunda falda va guarnecida al rededor con una guipure de 7 cent. de altura sobre la cual van unos lacitos de terciopelo negro de distancia en distancia. Corpiño de faldetas abiertas sobre los lados y guarnecidas de un adorno de encaje y de terciopelo como el de la falda. Fichú en punta, estilo Maintenon. Mangas con cuatro grandes pliegues por arriba, y por abajo una guipure realizada con listitas de terciopelo. Mangas interiores de muselina diáfana con adorno de bordado y de Valenciennes. Cuello adecuado á las mangas. Sombrero de tafetan blanco y de terciopelo epinglé con velito de blonda. Guantes de color de paja; brazaletes formados de medallones con cifras.

VIZCONDESA DE BENNEVILLE.

Teatro Imperial de la Opera.

EL CHEVAL DE BRONZE (el Caballo de Bronce), OPERA DE M. AUBER.

M. Auber, uno de los compositores franceses de nombre mas conocido en el universo, no ha tenido la misma suerte en la vasta escena de la Academia Imperial de música que en el teatro de la Opera Cómica, donde con raras excepciones siempre ha sabido alcanzar brillantes triunfos. Exceptuando la *Muda*, casi todas las óperas escritas para la Opera han tenido un éxito de poca duracion. El *Cheval de bronze* creemos aumentará en breve el catálogo de las que se olvidan, máxime cuando habiendo sido representada ya en la Opera Cómica en 1835, no pudo sostenerse allí tampoco. Es verdad que para esta traslacion M. Auber y el autor del libro M. Scribe, han hecho modificaciones acertadas en su obra, bien recibidas por el público; M. Auber ha añadido dos piezas escritas con la gracia particular que

(1) Carlo Magno fué desenterrado por Othon III por los años de novecientos y tantos.

(2) Esta espada, que ya no existe allí, tenia tres piés y medio de largo y dos pulgadas de ancho la hoja.

caracteriza su música. Sin embargo, repetimos que esto no nos parece bastante para asegurar al *Cheval de bronze* un crecido número de representaciones. -

Lo que se aplaude en extremo es el baile, pero no nos atreveríamos á decir si es por la música de M. Auber ó por la elegancia y la ligereza de la Ferraris que tiene

en Paris partidarios entusiastas. — Damos aquí el dibujo de la espléndida decoracion que se pone para este baile. M. U.



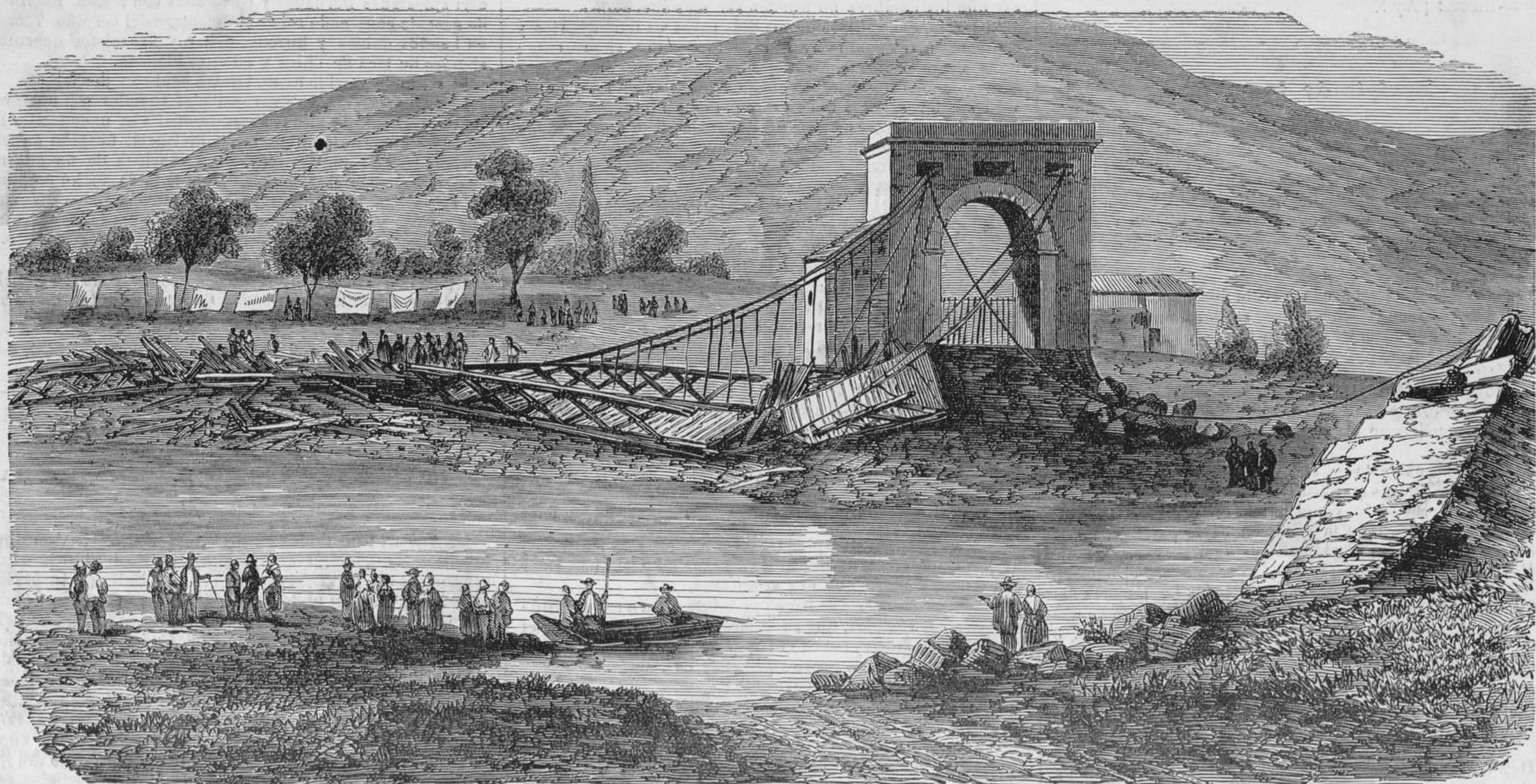
Teatro imperial de la Opera. — *El Cheval de Bronze* 3^{er} acto, baile.

El puente de Tournon.

En los departamentos del Sudeste de la Francia están ocurriendo desastres que aunque afortunadamente no han tomado las terribles proporciones de los del año úl-

timo, causan sin embargo perjuicios de consideracion. Ultimamente una horrorosa tempestad inundó una parte del territorio comprendido entre Tolosa y Carcasona, mientras diluviaba igualmente en el departamento del Herault.

Entre los dibujos representando varios de los estragos causados por tan recios temporales que han llegado á nuestro poder, elegimos el de la destruccion del puente colgante de Tournon, en el departamento del Ardeche.



Destruccion del puente colgante de Tournon, sobre el Doux (Ardeche).